

1'25 PTS.

TEMAS SEXUALES

A. MARTIN DE LUCENAY

mujeres de historia

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

47

A. MARTIN DE LUCENAY

MUJERES DE HISTORIA

En la Biblia, en Grecia y en Roma.—Mesalina y Cleopatra.—Damas del Renacimiento.—La Pompadour y su época.—La Revolución francesa.—La literatura y las mujeres de historia



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
FEBRERO 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

Todas las mujeres cuya vida registra la Historia en sus páginas más fragantes, adquirieron su celebridad en virtud de hechos distintos relacionados con aspectos diversos de la vida; la poesía, la literatura, la política, la guerra, etc., fueron para muchas mujeres los pedestales de su gloria, que ha trascendido a la posteridad. Son figuras insignes de una época, de un pueblo o de un hecho real; a veces, adquieren el relieve del heroísmo, del suceso épico, de la sabiduría, de la traición o del crimen social o político, y su personalidad anterior, anodina y vulgar, logra una forma brillante y destacada que inspira la admiración, la idolatría o el terror; siempre algo fuerte e intenso, de un dramatismo hondo o de una voluptuosidad infinita.

Pero, a pesar de todas las disposiciones mentales de estas figuras célebres, pese a su intelectualidad, a su bravura o a su belleza, estas mujeres hubiesen sido seres insexuados. Es decir, que todas las celebridades femeninas que en la Historia son y en el mundo han sido antes de que la ciencia se abriese paso a través de las tradiciones y los prejuicios, deben su fama a su sexo, o, dicho más crudamente, han tenido en la sexualidad el punto de partida de su gloria imperecedera.

Naturalmente, no es posible decir que todas las mujeres que las historias biografían en sus páginas hayan tenido un pasado sexual escabroso: hay muchas que prestaron grandes servicios a la Humanidad en diferentes aspectos, ajenos en absoluto a ese "primun movens" de la vida; pero éstas, no cabe duda, no son tan célebres como lo son las verdaderas "mujeres de historia", como se dice generalmente de aquellas que, aparte sus cualidades singulares, no puede afirmarse que dieran la menor prueba de honestidad, suponiendo que el honor de la mujer deba residir exclusivamente, según está convenido entre nosotros, en el uso que haga de sus órganos sexuales.

Vamos a dejar a un lado a esas grandes figuras históricas de la feminidad, que, aunque pudieran hacer de su sexo el uso que mejor les acomodase, tuvieron la suficiente prudencia para mantener su actividad sexual por bajo del nivel de sus otras tendencias intelectuales; éstas no nos interesan completamente, porque, a lo mejor, en ese aspecto, no pasaron de lo normal, de lo natural, de los hechos perfectamente lógicos que desconocen, por ejemplo, las modernas "vedettes" de revista frívola, menos intelectuales—¡muchísimo menos!—, pero mucho más libertinas—¡muchísimo más!—que aquellas emperatrices romanas, que reinaban en sus prostíbulos domésticos en lugar de hacerlo en los merenderos o en los hoteles y playas de moda.

Estas mujeres de historia, de historia erótica principalmente, triunfaron en unas épocas bastante remotas para que la exhumación de sus pecados pueda considerarse en nuestro tiempo como una irreverencia a sus restos mortales. ¿Dónde reposarán las cenizas de Mesalina? ¿Y los huesos de Cleopatra? ¿Y la carroña de Helena de Troya?... De esto no se ha ocupado nadie, porque nadie ha creído jamás que esos restos pudieran llegar algún día a convertirse en reliquias veneradas. Pasaron por la vida de un pueblo, de un rey o de unos cuantos ciudadanos, la vejez acabó con sus encantos, y los apologistas se encargaron después de narrar sus hechos y relacionarlos con la historia del país donde nacieron. No fueron los historiadores graves quienes registraron cuidadosamente los detalles de esas vidas escandalosas; esto quedó reservado a la gracia de los cronistas frívolos, que, desde que el mundo es mundo, saben cuál es el jugo que puede extraerse de estas narraciones singulares, y a algún sexólogo, que sólo a título de curiosidad ha querido hacer un ensayo sobre la existencia amorosa de tan bizarras mujeres, singular circunstancia entre el inmenso cúmulo de vidas vulgares que no hicieron más que pasar por la existencia sin pena ni gloria.

Por eso, y también a título de curiosidad, ya que ello encaja en el carácter de la presente obra, es por lo que queremos desempolvar una vez más la historia de aquellas damas, y, de acuerdo con lo que ya hemos estudiado, analizar los distintos aspectos morales, sociales o psíquicos de la vida de dichos personajes, así como su influencia o su papel en los sucesos o instantes de la historia de los pueblos en que vivieron.

Desde los tiempos históricos más remotos hasta nuestros días, han existido infinitas "mujeres de historia". Sin recurrir a Plu-

tarco, nos encontramos con la demostración evidente del paralelismo de muchas vidas. Judith, de Bethulia, la hermosa judía que en el lecho de un fingido amor le cortó la cabeza al teríble Holofernes, prestó a su patria un servicio tan señalado como los que pudo realizar la Mata-Hari en beneficio de la suya adoptiva. Pero si Judith no hubiese sido encantadora ni la Mata-Hari tampoco, ¿es posible que Holofernes se hubiera puesto al alcance del cuchillo de la primera y los militares de los países enemigos del de la célebre bailarina la hubiesen facilitado los datos que se traducían en torpeamientos de buques o en derrotas militares? Y en los demás aspectos de la existencia ocurre lo mismo; la mujer llega a la celebridad por el camino del sexo más pronto que por el del intelecto; y, de esta forma, se hacen su historia; pero raramente por sí solas, sino a costa de la devoción del hombre, que, en este aspecto, ni sabe ni puede usar la inteligencia ni desplegar la actividad de la manera privilegiada que son capaces de hacerlo las mujeres.

EN LA BIBLIA, EN GRECIA Y EN ROMA

Las divinadades eróticas.—Judith de Bethulia y su patriotismo.—La astucia de Dalila y la ingenuidad de Sansón.—La mujer de Putifar y el casto José.—Las aventuras de San Juan Bautista y la bailarina Salomé.—Aspasia, Pericles y Sócrates.—Thais y Alejandro Magno. Agripina, la emperatriz ardiente.—Popea.—El antagonismo de las dos mujeres.—La belleza de Friné, inspiradora de Praxiteles.—El juicio.

En la época del paganismo, religión que, como es sabido, tenía por objeto la adoración de múltiples dioses, esto es, el politeísmo, las gentes procuraban vivir en la tierra todo mejor posible, sin privarse de toda clase de goces, puesto que todos eran lícitos e impuestos por las divinidades superiores de la mitología.

Ya sabemos también que la práctica de la sexualidad, en todos sus aspectos, no era casi nunca pecado. Ciertamente, se atendía a la reproducción de la especie y a la conservación de la raza; existían, como hemos visto, los dioses familiares, las divinidades domésticas, de cuya elevada jerarquía disfrutaban los padres y demás individuos varones de la familia. Pero es lo cierto que la modestia, la castidad y todo ese conjunto de virtudes sociales modernas que se relacionan con la vida sexual, no representaban nada para los paganos, hasta el punto de que, como diremos modernamente, el que no fuera vicioso, libertino y deshonesto, no podía ser buen religioso, esto es, un perfecto adorador de las divinidades tutelares que imponían el libertinaje como norma ideal de la existencia. Venus, Baco, Hermafrodita, etc., eran los dioses más venerados. Venus representaba el amor normal, Baco la embriaguez y el escándalo, Hermafrodita la homosexualidad... Y no era preciso consagrar las devociones a un solo dios, sino que todos ellos merecían una adoración igual. Así, pues, en este trance, huelga hacerse conjeturas acerca de lo que serían las sociedades de aquellos tiempos y las expresiones, tanto públicas como privadas, por las cuales daban muestras

de sus cultos idólatras y de su sumisión a las licenciosas prescripciones sacerdotales.

No vamos a referirnos ahora a las costumbres de esta época, al menos en el aspecto que pudiéramos llamar mitológico, puesto que de tal materia trataremos con la amplitud debida en el volumen XLIX de estos TEMAS SEXUALES, sino que nos limitaremos a estudiar o analizar la vida de aquellas mujeres que, más o menos subordinadas a la religión local, prescindieron en todo o en parte de la religión para hacer de su capa un sayo, como se dice vulgarmente, sin preocuparse demasiado de los ritos, porque bien es verdad que la licencia desenfrenada, es decir, la oposición sistemática a las leyes morales de la mayoría, a su sumisión y a su respeto, ha sido siempre una expresión del ateísmo...

No obstante, la Historia registra numerosos casos de mujeres que precisamente lograron la celebridad a expensas de las gracias de su sexo, sin apartarse de los principios sagrados de su religión ni del sentimiento patrio, que constituía la fuente de todos los heroísmos.

Tal es el caso de Judith, de Bethulia, bellísima judía que prestó a su patria uno de los más señalados servicios que podía recibir en aquellos tiempos de luchas turbulentas y crueles.

Nabucodonosor I, rey de Babilonia, encargó a su general Holofernes que invadiese la Palestina para acabar con el poderío de los israelitas. El general fué venciendo victorioso las resistencias que le oponían los defensores, y en esta carrera triunfal llegó ante las murallas de Bethulia, ciudad de la tribu de Manasés, situada al Norte de Samaria. Todo esto ocurría en el año 689 a. de J.

Los judíos estaban desesperados: las enfermedades y el hambre eran la consecuencia del asedio puesto a la ciudad por las huestes de Holofernes, y ya estaban a punto de rendirse al invasor. Entonces supo Holofernes de la existencia en Bethulia de la hermosísima Judith, a la cual pudo ver en una ocasión, quedando prendado de su belleza. El militarote sintió a su sangre arder en las llamas del deseo, y hasta hubiera abandonado el sitio de la ciudad si la judía se hubiese sometido a ciertas condiciones.

Una noche se organizó un banquete, al que asistió Judith, fingiendo que el caudillo había logrado despertar el amor en su pecho. En efecto, se comió y se bebió de lo lindo y, al final de la fiesta, Holofernes invitó a Judith a pasar a una habitación de su tienda.

Los historiadores no están de acuerdo en la descripción de los

hechos que pudieran desarrollarse entre ambos personajes. Unos dicen que la admiración que Judith mostraba por el general no era tan fingida como parecía, y otros aseguran lo contrario. Pero lo cierto es que Holofernes se durmió profundamente, lo que sólo debió ocurrir después de que tuvieron lugar ciertas satisfacciones, ya que cuesta trabajo creer que Holofernes, que tan ardientemente deseaba a la judía, se quedase dormido como un tronco a consecuencia de los excesos gastronómicos. Pero, sea lo que fuere, no cabe duda que Judith se salió con la suya: librar a su pueblo del poderoso enemigo, al cual cortó la cabeza con su propia espada, para regresar a la ciudad llevando en un saco el macabro despojo, que constituía la prueba más indubitable de que Nabucodonosor había perdido la partida con la cabeza de su bravo y enamorado general. (Lámina I.)

La alianza de Venus y Marte, en este caso, fué bastante trágica. Pero no cabe duda que si Judith no hubiera sido tan hermosa, Holofernes habría entrado en Bethulia con todas sus consecuencias.

No sabemos nada cierto de la vida posterior de la heroína, ni nos interesa tampoco; seguramente, aunque se entregase a una vida de verdadero escándalo—lo que no es usual entre los hebreos—, sus aventuras no alcanzaron la celebridad de aquel suceso, en el que los intereses de la religión, del honor, de la honestidad o como queramos llamarlo, se supeditaron por entero al interés supremo de la patria. No hizo lo mismo Judith, de Bethulia, que una viuda francesa, la cual pudo evitar la insurrección de los canacos, como hemos visto en el volumen anterior, entregándose al caudillo de la feroz revolución, en cuyo caso, los intereses de la patria resultaban algo despreciable en relación con los gustos sexuales de la viuda en cuestión.

La Biblia nos habla de Sansón y Dalila, dos personajes pintorescos de aquella época. Sansón, que, como se sabe, fué el hombre más forzudo de la tierra, era un juez hebreo que dió mucho que hacer a los filisteos de la época. Además de ser juez, era un buenazo; un hombre noble y sencillo, como lo son todos los fuertes de cuerpo, porque casi siempre el alma es tan grande como la humanidad.

Sansón se había casado con una mujer que le agradó bastante; pero, a pesar de ello, un día tuvo necesidad de ir a Gaza para evacuar algunos asuntos profesionales.

En la ciudad "vió una mujer, ramera, y entró a ella", y des-

pués entabló amistad con otra, que encontró en el valle de Sorec, llamada Dalila, bella prostituta, que gozaba de la protección de los magnates de la ciudad.

El temible hércules se enamoró de aquella hembra galante, la cual se valió de las artes naturales en esta industria para subyugar a los hombres. Los filisteos tenían miedo de habérselas con Sansón, el cual optaba siempre por hacer uso de sus manazas, mucho más terribles que las garras de un gorila, ya que era capaz de derribar los más sólidos edificios sin gran esfuerzo.

Noticiosos los príncipes filisteos de que Dalila era cortejada por el juez, vieron llegada la ocasión de intentar cualquier estratagema para deshacerse de tan temible enemigo. Al efecto, los príncipes se entrevistaron con la cortesana, "y díjéronle: Engáñale y sabe en qué consiste su grande fuerza, y cómo lo podríamos vencer, para que lo atemos y lo atormentemos: y cada uno de nosotros te daremos mil y cien siclos de plata".

Dalila, que no era una prostituta desinteresada, porque ello sería tanto como no servir para la profesión, aceptó la magnífica propuesta de los magnates, y preparó las redes al gigante. Huelga decir que el juez estaba muy enamorado de Dalila, lo que, como es sabido, coloca al hombre respecto de la mujer a quien ama, en una situación tal que no queda tiempo para reflexionar sobre las estupideces que en tan dichoso estado pueden cometerse.

Una noche, cuando la filistea había hecho gozar a su amante con todas las caricias y él continuaba más enamorado, ella le rogó que le hiciese saber en qué consistía el secreto de su extraordinaria fuerza, que tanto había dado que hacer a sus enemigos. Al principio, Sansón, temió que se tratase de alguna añagaza, y respondió: "Si me ataren con siete mimbres verdes que aún no estén enjutos, entonces me debilitaré, y seré como cualquiera de los hombres."

Dalila creyó en la sinceridad de las palabras de su amante, y ni corta ni perezosa, comunicó el resultado de sus investigaciones a los espías filisteos, que aguardaban en una habitación contigua a la que ocupaban los amantes. En efecto, los príncipes le facilitaron los siete mimbres, y ella, para persuadirse de que era aquél el secreto, ató a Sansón bien fuerte, diciéndole después: "¡Sansón, los Filisteos sobre ti!" Entonces el forzudo partió sus ligaduras como si hubieran sido de tela de araña, lo que enojó a Dalila, la cual le dijo que le había engañado, rogándole de nuevo, si quería conservar su amor, que le dijera la verdad de su fuerza.

Sansón tomó a broma aquella insistencia de su amante y la engañó de nuevo, diciéndole que perdería su fuerza si le ataban con cuerdas nuevas que no hubieran servido para nada. Mas cuando Dalila le hubo atado y pronunció la invocación a los filisteos, ocurrió lo mismo que la vez anterior. La engañó más tarde, por tercera vez, y ella, indignada ya, le amenazó con dejarle, puesto que no la amaba, ya que si así fuera le diría la verdad, puesto que la mentira era la demostración palpable de que su corazón no estaba con ella. "Y aconteció que, apretándole ella cada día con sus palabras e importunándole, su alma fué reducida a mortal angustia" (1).

Sansón no podía resistirse a las constantes súplicas de aquella mujer, que tanto se había adentrado en su corazón. Ella se negó a amarle, es decir, a que el israelita disfrutase de los encantos de su cuerpo, mientras no le dijese la verdad de su fuerza Se justificaba ella, diciéndole que era un simple capricho, uno de esos caprichos pueriles, por los que las mujeres cometen verdaderos disparates. Además, los miles de siclos ofrecidos por los príncipes ya eran una razón para Dalila bastante más poderosa que su curiosidad, puesto que, al fin y al cabo, poco podía importarle el motivo de la fuerza de Sansón, aunque seguramente hubiera tenido que lamentarse alguna vez de tan incansables energías.

Y en este punto, recurrimos a lo que dice la Biblia en "El libro de los Jueces", capítulo XVI y versículos que se citan:

"17. Descubrióle, pues, todo su corazón, y díjole: Nunca a mi cabeza llegó navaja; porque soy Nazareno de Dios desde el vientre de mi madre. Si fuere rapado, mi fuerza se apartará de mi, y seré debilitado, y como todos los hombres.

"18. Y viendo Dalila que él le había descubierto todo su corazón, envió a llamar a los príncipes de los filisteos, diciendo: Venid esta vez, porque él me ha descubierto todo su corazón. Y los príncipes de los filisteos vinieron a ella, trayendo en su mano el dinero.

"19. Y ella hizo que él se durmiese sobre sus rodillas; y llamado un hombre, rapóle siete guedejas de su cabeza, y comenzó a afligirlo, pues su fuerza se apartó de él.

"20. Y díjole: ¡Sansón, los filisteos sobre ti! Y luego que despertó él de su sueño, se dijo: Esta vez saldré como las otras, y me escaparé: no sabiendo que Jehová se había de él apartado."

(1) *Los jueces*, cap. XVI, vers. 16.

En efecto, Sansón no pudo salvarse como en otras ocasiones, y los filisteos le ataron cómodamente, sacándole los ojos con la misma facilidad, para amarrarle después con cadenas y hacerle dar vueltas en el molino de la cárcel.

Dalila cobró los miles de siclos, porque en este aspecto los filisteos eran más formales que los israelitas, y Sansón quedó reducido a la más lamentable impotencia, sólo por haber accedido a los ruegos de aquella hermosa cortesana, a la que amó tan ardientemente y con tanta nobleza que, sin darse cuenta de la maldad y el interés que la animaban, labró su propia perdición.

Otra mujer bíblica, muy célebre por su ardentía amorosa, era la distinguida consorte del rey Putifar, la cual "tuvo que ver" con varios amigos de su marido. La célebre reina se quedó prendada de José cuando le vió por vez primera, y, por más esfuerzos que realizó para atraerle hacia sí, aquel casto imperturbable permaneció fiel a sus votos, aunque la reina le amenazó con toda clase de venganzas, si no se prestaba a satisfacer sus lúbricos caprichos.

Cuentan las crónicas que la señora de Putifar llegó al extremo de sujetar fuertemente a José, mientras ella, completamente desnuda o muy ligera de ropas, no podía contener la impetuosidad de su deseo por el casto mozo. No logró sus propósitos por más que hizo; José se resistió cuanto pudo, y, cuando estuvo a punto de ser "violado", sorprendió la escena uno de los palaciegos de Putifar, que no supo cómo interpretar la actitud de la reina y la de José, sorprendidos en tan curioso trance.

El infeliz pasó por todo lo contrario, es decir, como si la tentativa de violación hubiera partido de él, con el fin de mancillar el honor del rey, que no sabía qué clase de pájara estaba hecha la reina. José pagó en la cárcel la falta que no había cometido, mientras que la ardiente señora proseguía sus aventuras con otros mozos menos tímidos que el pobre santo. (Lámina II.)

San Juan Bautista fué también, como Sansón, víctima de su amor por una mujer. La célebre Salomé, danzarina de extraordinaria belleza, fué vista un día por el santo cuando se entregaba a la danza. Verla y quedar prendado de ella, fué todo uno.

El Bautista había sido un hombre íntegro y serio, hasta que conoció a Salomé. En su afán de moralizar las costumbres de la época, criticó duramente a la sobrina y esposa de Herodías Filipo, porque, después de haberse casado con éste, le abandonó para hacer vida marital con Herodes Antipas, Tetrarca de Galilea.

Salomé no olvidó la afrenta que el santo hizo a su madre al proclamar a los cuatro vientos su adulterio, y estando en la prisión, la danzarina se las arregló de manera que el Bautista pudiera verla danzar por última vez, espectáculo que no todo el mundo podía presenciar, ya que la artista princesa sólo lo hacía para sus amistades elegidas.

En efecto, la princesa Salomé penetró en el calabozo, y, después de ejecutar unos pasos de danza, le dijo al Bautista:

"—En verdad os digo, que lamento que no podáis verme ejecutar una danza nueva.

"—¿Y por qué no?—inquirió San Juan.

"—Pues porque para ello necesito tu cabeza."

Y sin más explicaciones, un servidor le cortó la cabeza al santo, y la hija de Herodías colocó la cabeza sangrante en una bandeja y prosiguió sus artísticas danzas, como si nada hubiera ocurrido. (Lámina III.)

Salomé fué tan... eso, como su madre. No se sabe hasta dónde llegó la ecuanimidad del Bautista; pero bueno es creer que no llegaría muy lejos: al menos, no se pareció en nada al casto José. Salomé, por su parte, si no llegó a tanto como la esposa de Putifar con el hijo adoptivo de su marido, tampoco puede decirse que fuera un modelo de virtudes. No obstante, procuró vivir alejada del escándalo, y, a no ser por la muerte del Bautista, no hubiese destacado en sus aficiones al arte de Terpsícore, ya que no era tan artista como aseguran los admiradores de la vengativa mujer.

Lo mismo la Biblia que la Historia nos hablan de los escándalos que se promovieron en virtud de la intervención de las mujeres en los negocios de los pueblos. Hubo hembras que no se contentaron con serlo de una manera discreta, sino que, en su afán de dominio y de placeres, no titubearon en lograr sus fines, valiéndose de los medios más reprobables, como sucede con la historia de Dalila, de Cleopatra, de Mesalina, de Catalina de Rusia, de la Pompadour, de la Du Barry y muchísimas más.

Pero hubo otras que, con su inteligencia puesta al servicio del sexo, lograron la adoración de sus conciudadanos, y, sin dejar de ser libertinas y amantes de la alegría y la gloria, prestaron a la patria servicios de valor incalculable.

Así nos encontramos con una de las mujeres más célebres de la antigua Grecia en la personalidad de Aspasia, la amante de Pericles, al cual inspiró muchas de sus obras imperecederas. La casa

de esta célebre cortesana era el punto de reunión de los sabios más famosos. Sócrates frecuentaba la amistad de los amantes, y hace de Aspasia los elogios más calurosos en cuanto a sus virtudes y su talento.

Desde luego, Aspasia era una hetaira, aunque después fué la esposa del ilustre ateniense. Aunque sabemos que la hetaira no era una verdadera prostituta, esta mujer no llegó virgen a su matrimonio con Pericles, aparte de la ofrenda de su virginidad a la diosa Afrodita. Pero si, en realidad, tuvo relaciones con otros hombres e incluso practicó las doctrinas de la inmortal Safo, no por eso encenagó su alma en los fangales del vicio, de la lujuria, de las prácticas vergonzosas que florecieron en aquella época memorable.

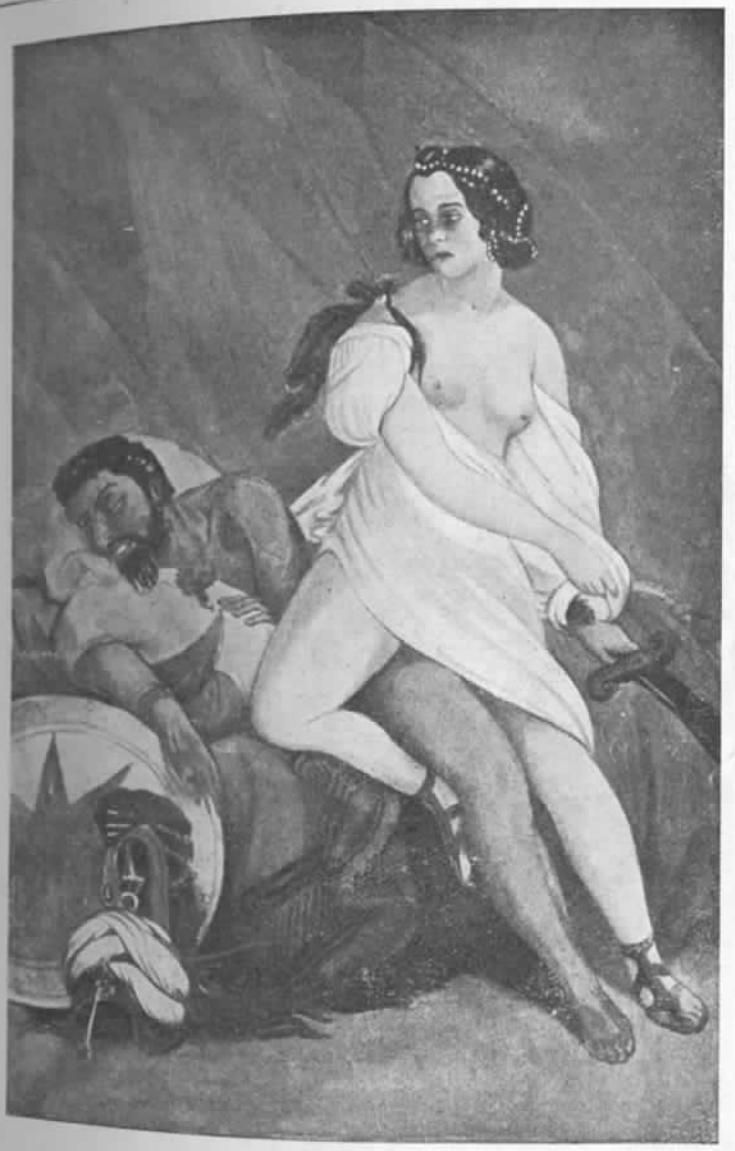
Aspasia era una mujer eminentemente culta como lo fué Diótima, otra cortesana que fué maestra de filosofía de Sócrates. Estas mujeres hacían perfectamente compatibles al sexo y al intelecto, no usando de aquél más que en la medida que aconsejaba éste. Si Diótima y Aspasia no hubiesen existido, es seguro que los nombres de Sócrates y Pericles no alcanzaran la fama que hoy tienen en todo el mundo civilizado.

El ejemplo de estas mujeres sirvió a la aristocracia griega, ávida de perfecciones, para encontrar en el hetairismo la ocupación más noble y distinguida de las muchachas jóvenes. Las dos mujeres, amén de otras, dirigieron las más famosas escuelas de hetairas de la época, en que la mujer se dividía en dos categorías: la *hetaira*, fuente de inspiración, de moral, de ciencia y de poesía, y la *esposa*, dueña del hogar, madre de los hijos y verdadero crisol físico de la raza.

En la vida de Aspasia no hay ningún aspecto que en aquellos tiempos pudiera reputarse de escandaloso, aunque en los días que corren, menos perfectos, no pudiéramos decir lo mismo. Verdaderamente, aquella insigne dama se destacó más por su inteligencia, por su bondad, por sus magníficas dotes morales, que por su belleza o su sexualidad. Después de ella, pocas mujeres de la historia o "de historia", simplemente, pueden decir otro tanto.

Por la misma época existió otra hetaira, o, mejor dicho, una cortesana, cuya influencia en la política de Macedonia fué altamente beneficiosa: fué Thais, la amante de Alejandro Magno.

Este monarca tuvo fama de generoso y noble, y jamás abusó, en ningún aspecto, de su poderío y de su fuerza. Tanto es así que, cuando llegó a la India en sus victoriosas conquistas, consiguió sub-



JUDITH DE BETHULIA

Esta gran patriota hebrea se valió de sus encantos para librar a su pueblo de la opresión de Holofernes, el general babilónico que perdió la cabeza por la hermosa judía

LAMINA I



SALOME
Esta mujer de la Biblia fué, además de princesa, danzarina, y tuvo el capricho de crear una danza macabra con la cabeza de San Juan Bautista

LAMINA II

yugar a Paro, rey del Indo. Pero fué tanta la generosidad que Paro vió en su vencedor y tan exquisita su nobleza que, de enemigo, se convirtió, espontáneamente, en aliado suyo.

Cuando la fama de la belleza de Thais llegó a oídos de Alejandro, éste, que apenas contaba veinticinco años, no se ocupaba demasiado de acrecentar los dominios de la patria como habían hecho sus antecesores. Solicitó y obtuvo una entrevista con la célebre cortesana, la cual era muy patriota, virtud que siempre había demostrado en sus relaciones con los jefes del ejército macedónico de los cuales inquiría noticias de sus victorias.

Thais, viendo que Alejandro se entregaba a la vida de los placeres con exceso, lo que pudiera ser perjudicial a los intereses patrios, hizo todo lo posible por enamorarle, por someterle, por dominarle, dicho en una palabra. Pero este dominio no fué ni descarado ni pernicioso, sino que la cortesana procuraba inculcar al joven las razones tradicionales de la raza que parecía tener olvidadas. Constantemente le decía que el amor sólo debe ser para los hombres, y al decir hombre, no podía referirse más que al individuo que sabe cumplir exactamente con todos sus deberes, para, después de ello, como recompensa, entregarse a los placeres del amor.

Alejandro no llegó jamás a cometer con Thais la menor violencia, pese a que él era el rey y ella una cortesana. El mancebo se enamoró sinceramente de la hermosa prostituta, la cual empezó por despedir a todos sus amigos para entregarse al amor de Alejandro, siempre que él supiese hacerse digno de Thais.

En efecto, el joven sometióse a las normas de vida que le trazó su amante, consistentes en dedicar toda su atención a los negocios del Estado. Pensó en la conquista de Asia, expedición que duraría algunos años. Esto constituía un sacrificio para el guerrero, puesto que no tendría más remedio que separarse de Thais. Pero ella, consciente de su papel en el escenario de la vida del pueblo macedónico, le aseguró a Alejandro que le acompañaría al Asia, adonde fuese, con tal de que, si era cierto que tanto la amaba, no le faltase ni un momento la inspiración de su presencia. Y así fué. El rey preparó sus ejércitos, y con Thais al lado fué de triunfo en triunfo dirigido en parte por esta mujer extraordinaria, que no tuvo otros amores que el que la inspiró su patria y aquel otro menos espiritual que gozó entre los brazos de Alejandro *el Grande*.

En Roma hubo mujeres que fueron verdaderos monstruos de maldad. Casi todas las emperatrices, princesas y damas reales die-

ron pruebas de unos instintos tan crueles que, a partir de entonces, puede decirse que no se han registrado casos parecidos.

El desenfreno de las costumbres del pueblo romano, su religión, las grandes ambiciones, el lujo, los placeres, cuantos vicios pueden imaginarse, eran el abono de la moral de la época en que el respeto se imponía por la fuerza.

El reinado de Nerón se acusa entre todos con los caracteres más espantosos. Llegada Roma a su decadencia, parece como si el instinto de conservación, que aún alentaba en el alma de aquellas dinastías, les impulsase a dar un estado legal a toda clase de crímenes y atrocidades.

Las dos principales figuras de aquella época fueron Agripina, esposa primero de Domicio, con quien tuvo a Nerón, y después casada con Crispo Papieno, a quien envenenó. Esta mujer fué un verdadero monstruo.

Se separó de su primer marido, porque éste tampoco tenía la conciencia muy tranquila en lo que respecta a la fidelidad conyugal. Pero es que Agripina no conoció a un general, ni a un político, ni a un poeta, ni casi a un esclavo, al que invitase a compartir con ella unas horas en el lecho. Hablamos de Mesalina; pero es que Agripina, que también fué esposa de Claudio, y como aquélla, bellísima, superó a la primera mujer en crueldad y en lujuria.

Domicio prefirió dejarla a matarla, aunque estaba enterado de que su amigo Crispo hacía lo posible por ser grato a aquella insigne perdida. No obstante, prefirió que se fuese con Crispo a que lo hiciera con cualquier gladiador o legionario de sus cohortes.

Después de envenenar a su segundo marido, se lió en unos amores incestuosos con su hermano Calígula. A pesar de tan estrecho parentesco o, mejor dicho, en virtud de él, Agripina procuraba la intimidad con otros tribunos y personajes célebres de la época, especialmente con Emilio Lépido, su cuñado, con el que vivía públicamente. Esto enojó a Calígula, el cual la desterró de Roma; pero al morir y subir al trono Claudio, después de la muerte de su primera esposa Mesalina, hizo que Agripina regresase a Roma, casándose con ella.

La célebre y ardiente señora se apoderó bien pronto de la débil voluntad del emperador, y consiguió de éste que nombrase su sucesor en la persona de Nerón, el hijo de su primer matrimonio, como ocurrió. Después, para asegurarse bien de que los consejeros no harían cambiar de parecer a Claudio, envenenó a éste, y se dis-

puso a gobernar a los romanos a la sombra de su hijo, el cual no tenía más que diecisiete años.

Tan despótica fué la señora y tan violentas sus medidas de gobierno que, al poco tiempo, fué expulsada de palacio, yéndose a vivir a las afueras de Roma, donde siguió recibiendo a sus amantes, a los que hizo conspirar contra su hijo.

En este momento, aparece en escena otra alhaja parecida a Agripina, la encantadora Popea, que primero fué amante de Nerón y después su esposa.

Al principio, Popea se adueñó de la voluntad de su marido; pero poco a poco éste, que era un degenerado, un verdadero monstruo, se entregó al amor griego y a toda clase de crueldades sexuales, por lo que el papel de Popea bajó bastante en el Palatino. Ella, por su parte, no se preocupó demasiado de los vicios y la vida de desenfreno que hacía su ilustre esposo, y, buscando el desquite, se las arregló con varios amigos con los cuales había tenido sus más y sus menos antes de su matrimonio con el emperador.

Pero Popea tenía una enemiga en su suegra, que, envidiosa de su posición en palacio, no dejaba de dar cuenta a Nerón de las licencias de su mujer. Esta, a la vez, tampoco se cruzó de brazos; pues valiéndose de los oficios de sus espías, descubrió los manejos de Agripina para derribar del trono a Nerón y poner en su lugar a Británico. Popea hizo todo lo posible porque su suegra desapareciese del escenario, y, al efecto, influyó tanto en el ánimo de su hijo, que intentó envenenarla tres veces.

En vista de que el veneno no era bastante para quitarla de en medio, Popea logró probarla el delito de traición, por lo que ya el Senado no tuvo inconveniente en decretar la muerte de Agripina, lo que aconteció en el año 59.

Agripina había dejado amigos en Roma. Por esta razón, Popea no pudo envanecerse demasiado de su triunfo ni gozar tampoco de la libertad sexual que había adquirido con la muerte de su suegra, feroz fiscalizadora de sus actos más íntimos.

Un día, Nerón tuvo noticias de todos sus escándalos, y la llamó a su presencia. Ella negó los hechos que se le imputaban, y de paso insultó a su imperial esposo, diciéndole unas cuantas verdades de esas que duelen siempre. La discusión subió de tono, y Nerón, en un momento de arrebato, cosa muy frecuente en él, asestó a su esposa un terrible puntapié en el vientre, abultado por un embarazo, a consecuencia de lo que murió unas horas después.

Desde luego, las damas romanas fueron mucho más escandalosa
y menos útiles a la cultura que las griegas. En toda la historia d
Roma nos encontramos con una Diótima, una Aspasia, una Sa
siquiera, y menos con una Friné. Esta mujer, que produjo los ma
yores escándalos, fué, por lo demás, inofensiva, y hasta casi tan
como una verdadera musa que mereció poco menos que la adora
ción de los griegos.

Friné fué una cortesana de sangre plebeya, no llegando a la ca
tegoría de hetaira. Pero si le faltaba inteligencia, le sobraba be
lleza para causar el asombro de sus contemporáneos. Antes de qu
la descubriera Praxiteles, el escultor inmortal, Friné vivía en el ba
rrio galante de Atenas sirviendo de pasto a soldados, marineros y
mercaderes, gentes poco delicadas, que no hicieron más que utiliza
su extraordinaria hermosura para satisfación de sus deseos car
nales. Una noche que el escultor recorría el barrio en unión de su
discípulos en busca de modelos, tuvo noticias de que en una de
aquellas casas de aspecto miserable se ocultaba un tesoro de belle
za. Quiso el artista comprobar tales afirmaciones, y, en efecto
cuando vió el magnífico cuerpo de Friné, no sólo halló las más
bellas formas humanas que soñara, sino que su corazón latió más
fuerte que de costumbre

No le costó gran trabajo conseguir que la cortesana se prestas
a servirle de modelo para algunas de sus obras. Entonces Friné "
puso de moda", y la prostituta del barrio de los pescadores pasó a se
una codiciada cortesana.

Como no tenía ni cultura ni la esmerada educación de las he
tairas, éstas no la admitían en su sociedad. No obstante, como que
ra que no ofrecía gran resistencia a los hombres que trataban d
gozar de sus encantos, sus galanteadores reconocían que esto e
una ventaja, facilidad que no influyó para nada en el progres
de su fama.

Praxiteles, que se había enamorado sinceramente de ella, fué
"amante de cœur", al mismo tiempo que Friné hacía favores a otro
amigos, ya que necesitaba atender a los gastos de su vida, lo q
no pudo hacer su amante; porque los artistas, lo mismo antes q
ahora, nunca pueden permitirse el lujo de costearse amantes car
Hasta que Friné no alcanzó la celebridad, los moralistas no
dieron cuenta de que la cortesana no era muy devota de las di
nidades griegas, lo que, sin duda, más sería debido a su escasa cu
tura que a un deseo de destacarse de las demás mujeres. Es

particularidades de la vida de la célebre modelo causaron el escán-
dalo de los atenienses que no salían de su asombro al tener noti-
cias de las irreverencias que cometía Friné.

Praxiteles y sus amigos y discípulos, gentes ateas y de espíritu
independiente, lejos de advertir a Friné del peligro que corría co-
locándose en tal actitud, celebraron su rebeldía, en cuya circuns-
tancia ella encontró motivos para significarse más. Pero las autori-
dades religiosas y los heliastas, jueces muy severos y muy viejos, y
que, como casi todos los ancianos, tenían la pretensión de llevar el
control de la moral pública, hicieron que compareciera ante su tri-
bunal.

Cayeron los cargos sobre la encantadora joven, y no hubo juez
que no la acusara de todos los pecados y delitos que puede cometer
una mujer a costa de sus encantos. Pero no contaban los jueces
con un jurisconsulto tan famoso y hábil como Hipérides, el cual
tomó a su cargo la defensa de Friné, tanto por su admiración a la
belleza de la acusada como en virtud de la amistad que le unía con
Praxiteles.

El abogado debió desarrollar un informe brillantísimo. Todo el
pueblo que se hallaba congregado en la plaza de Heliea, que es don-
de tenía lugar la vista de las causas, estaba pendiente de los labios
del tribunal, sin apartar los ojos de la acusada, que se erguía arro-
gante sobre el sitial destinado a los reos. Los jueces no quedaron
muy convencidos ante las manifestaciones apasionadas de la defensa,
y cuando iban a pronunciar su fallo inapelable, Hipérides, con re-
suelto ademán, se acercó a Friné, y, arrancándole el peplo que la
cubría, hizo que su cuerpo se mostrase en todo el magnífico esplen-
dor de su desnudo.

Entre los vejestorios del severo tribunal, la visión de aquella
portentosa belleza produjo una fascinación extraña. Hipérides sos-
tenía que una mujer tan bella no debía ser condenada por ningún
delito, por grave que fuese, cuanto más por unos pecados que todas
las hembras cometen sin ser agradables siquiera.

Aquellas gentes, que rendían a la belleza un culto religioso, no
necesitaron de más argumentos ni más razones para absolver a Fri-
né: era bella, de una belleza sin comparación, y esto ya era de-
masiado. Por ello, después de deliberar unos instantes entre las
exclamaciones de asombro del pueblo que no esperaba un espec-
táculo de tanta belleza, los jueces absolvieron a la cortesana, dis-
poniendo, además, que sería castigado con las penas más graves

aquel que osase ofender en lo más mínimo a aquella mujer que
vía de modelo a los artistas para representar a las más hermosas
sas del Olimpo. Friné fué largamente aclamada por la multitud
el veredicto del tribunal acogido con unánimes muestras de
facción.

Con el desarrollo de la religión cristiana pareció que la m
de aquella época de los grandes imperios se volvió más recata
casta. Influyó en esta actitud de la feminidad la doctrina que
bajaba la condición de la mujer hasta el extremo de equipararla
los animales domésticos, o poco menos, instituyéndose a la ver
principio ascético de que la mujer era el animal más parecido
hombre, la fuente de todos los pecados y el pozo de todas las
mundicias, aparte de que no era otra cosa que la encarnación
diablo.

El respeto hacia la mujer quedó limitado a la madre. Si a
del Cristianismo la mujer tuvo libertad para desenvolverse con ar
glo a su inteligencia y a sus instintos, en los primeros tiempos
la nueva doctrina, su esfera de acción quedó limitadísima, pues cu
quier gesto que tendiese a desvirtuar los principios morales sob
que debía asentarse el ser femenino, era castigado con penas m
severas, que no hubo una mujer que se atreviera a violar tan rígid
disposiciones.

MESALINA Y CLEOPATRA

La niñez de Mesalina.—Un retrato de la reina prostituta. — Antecedentes hereditarios. — Su iniciación sexual.—Su matrimonio con Claudio. Las aventuras de la emperatriz.—El gran amor de Mesalina.—Su último capricho.—El matrimonio de Cleopatra.—Su entrevista con César. Sus amores.—Su «liaison» con Marco Antonio. Coronación de Cleopatra.—Entre las prostitutas.—La burla del mercader.—El último y único amor.

Estas mujeres son, sin duda alguna, las que han inspirado mayor cantidad de páginas literarias en torno del tema del amor en todas sus manifestaciones. Especialmente la primera, Mesalina, se distinguió tanto por su exaltado temperamento erótico como por su extraordinaria crueldad. Cleopatra fué más pacífica, más recatada, pero no menos célebre; fueron, en resumen, magníficos ejemplares de hembras, porque, estudiando los detalles de su vida, parece que no basta con llamarles mujeres.

Pero ciertamente, la más célebre ha sido Mesalina, la emperatriz que se entregaba, por necesidad imperiosa de su temperamento, lo mismo a los magnates que a los esclavos, o que a los soldados y mercaderes que frecuentaban los prostíbulos del famoso barrio de Suburra, de Roma, de los primeros años del Cristianismo, cuando la religión de los gentiles comenzaba a decaer.

Cayo Petronio, el célebre historiador que escribió el *Satiricón*, y que murió en el año 66 de la Era Cristiana, contemporáneo de Mesalina, registró en sus obras muchos detalles de la vida de la famosa mujer, cuyo nombre se aplica y se aplicará eternamente a todas las señoras que son ligeras de cascos. A través de las páginas que los autores contemporáneos dedican a los personajes de la época, es fácil trazar el sentido que la moral tenía en los viejos tiempos de los más grandes imperios de la tierra. Entonces se respetaba la castidad, no cabe duda; pero es que el impudor, el desenfreno más exa-

gerado, también inspiraba los más profundos respetos, hasta el punto de que esos hechos que hoy resultan intolerables para la cultura tenían entonces un carácter religioso y magnífico de extraordinaria solemnidad.

Valeria Mesalina nació en el año 15 de la Era Cristiana, y murió asesinada en el 48; vivió, pues, treinta y tres años; murió joven, bellísima y codiciada por unos y mortalmente odiada por otros. Su vida fué un escándalo ininterrumpido, una orgía constante, una existencia sexualmente exaltada desde la edad de trece años, en que tuvo lugar el acto de su iniciación, como era costumbre en la Roma pagana.

Los padres de Mesalina fueron unos nobles emparentados con la familia imperial. El padre se llamó Messala Barbathus, primo del emperador Claudio, y su madre fué Lépida, bellísima matrona cuya vida fué tanto como una promesa de lo que había de ser la de su hija.

Un historiador y literato hace el siguiente retrato de la hija de Lépida y, probablemente, de Messala Barbathus:

"¿Cómo describir las hermosas facciones del rostro y del cuerpo de Valeria Mesalina para dar una idea de lo que fué aquella estatua maravillosa? ¿Qué artista nos devolverá aquel rostro, en el que constantemente se reflejaba la expresión del placer jamás satisfecho, de una autoridad que no admite límite alguno, de una superstición que no muestra temor ante la justicia, sino que lleva el respeto hacia las múltiples divinidades que flotan en el aire y se ocultan bajo tierra? ¿Quién podrá resucitar el cuerpo esbelto y delicado, los senos que, según cuentan, eran altos y duros; los riñones incansables y aquel impulso de todo el ser hacia el goce físico de la vida?

"Su borroso semblante, que se puede adivinar apenas en los camafeos de la época, nos lo presentan entre dos dragones—la lujuria y la muerte, sin duda alguna— extraordinariamente infantil, redondo, claro, femenino; pero con una base cuadrada del rostro y una mandíbula sólida, sin ser bestial. Una mandíbula de criatura terrestre hecha para comer, morder y gritar. Sorprende también la exuberante vegetación de la cabellera. Es un bosque que apenas deja sitio al rostro, que devora la frente y que, desde su nacimiento junto a las orejas, surge, se aplasta y ondula, revelando la fertilidad de la sangre y una riqueza inusitada de naturaleza.

"Su busca constante de los más raros perfumes; el cuidado que ella misma ponía en hacerlos; la calidad de los baños que tomaba;

su amor a los espejos; de los que poseía una colección de formas diversas, atestiguan un refinamiento extremo y que tenía el culto de su cuerpo. El gusto de tener por amantes hombres diversos y numerosos y que muchas veces eran vulgares, es conciliable con la preciosidad de la forma y aun pueden ser su consecuencia.

"Como si la animalidad que íntimamente la poseía hubiera querido marcar con su sello aquella piel traslúcida y macerada de aromas, tenía en la parte anterior del muslo derecho un mechón de pelo que las pomadas de todos los médicos del Imperio romano no lograron borrar.

"Fué una criatura delicada, encadenada por la sensualidad.

"No hay síntesis más perfecta que el semblante de una mujer; pero también es la más fugitiva. Un pueblo, una raza y un tiempo se fijan en móviles rasgos, en ojos que cambian, en una boca hendida; pero la divina síntesis se desvanece parcialmente, y no nos queda más que un reflejo. No podemos leer en los ojos, intensamente verdes, el secreto que, aparentemente, esconden todos los seres, y que no nos revelan suficientemente los actos y la vida de Mesalina. ¿Llevaba en sí la admirable inquietud de los verdaderos amantes, o no persiguió más que la satisfacción de sus sentidos? Si se dió a tantos hombres, ¿fué porque bascaba al hombre, el doble que se pierde sin haberle poseído, el que debe llevar la paz al corazón, colmar el océano del deseo y ayudar a realizarse? ¿Esperaba tan sólo de cada uno de ellos una nueva forma de placer? ¿Persiguió otros fines más elevados que aquellos a que se puede llegar por la busca de la voluptuosidad? ¿Alcanzó esa secreta superioridad que extraen a veces ciertas almas de los excesos de la carne?

"En todo caso, no fué el ser monstruoso que la leyenda ha creado. Su nombre ha quedado como un símbolo de las malas pasiones, porque nos hemos acostumbrado, injustamente, a considerar una sexualidad extrema como una cualidad en el hombre y como un vicio en la mujer. Muchos amantes de Mesalina fueron envenenados por orden suya, y otros fueron condenados a abrirse las venas; pero hay que considerar que en todas las épocas y en todos los pueblos, el poder supremo ha engendrado en los soberanos el gusto de hacer morir a los que les estorbaban, y con preferencia a los que habían amado." (Maurice Magre.)

El autor citado se muestra bastante benévolo en cuanto a la apreciación de la moral de Mesalina, especialmente si niega que aquella mujer hizo bastante menos de lo que la leyenda le atribuye.

En primer lugar, prescindiendo de la belleza extraordinaria de la célebre emperatriz, es necesario establecer dos puntos de partida, detalles que pueden ser bastante valiosos para justificar algunas razones del temperamento de aquella mujer singular. Uno muy importante lo encontramos en la herencia seguramente: su madre fué una mujer de costumbres licenciosas. Vivía en un ambiente de lujo, de comodidades y de vicio como toda la sociedad romana de aquellos tiempos. Después, la descripción que del rostro hace Magre, y que, en efecto, coincide con lo que se observa en los camafeos que reproducen el rostro de Valeria, equivale con fidelidad absoluta a los caracteres del rostro del asesino, tratándose del hombre, y de la prostituta "de nacimiento", como gemelo, según Lombroso y otros antropólogos. Se trata de un rostro "de base cuadrada y de mandíbula sólida", de una cabellera negra y abundante "que apenas deja sitio al rostro" y que "devora la frente" y hasta de un lunar peludo en un muslo.

No obstante todos estos signos, una mujer puede ser excepcionalmente bella, ya que esos caracteres resultan perfectamente compatibles con la belleza femenina, sin que estén muy acusados, pero sí lo bastante para que, basándonos en la antropología y en la biología, aparte del ambiente, podamos enjuiciar sobre la moral y el temperamento sin miedo a cometer muy graves errores.

Fué, además, una gran sádica: el hecho se revela en su afán de destruir, de matar, de herir, de atormentar a los hombres que gozaba o que la admiraban. Y, por otra parte, era también masoquista, como lo prueban múltiples detalles de su vida, entregándose a hombres de la más ínfima categoría social, de los que gustaba ser brutalizada. Fué, pese a todo, un monstruo para el vulgo y una ninfomaníaca para la ciencia; en suma, un ser anormal.

El historiador no puede, ni es su misión tampoco, hacer la disección anatómica de la vida de esas grandes figuras. Las presenta en bloque, como las ve a través de su erudición o de su literatura, pero sin profundizar nunca en las verdaderas raíces de su personalidad psicofísica; esta es una labor encomendada al psicólogo, que a veces encuentra un motivo de excepcional importancia en aquel detalle nimio que el historiador narra sin el menor comentario.

La vida de Mesalina está plagada de detalles de esta naturaleza, y, sin necesidad de echar mano de las complicadas razones o teorías psicoanalíticas, no es nunca una tarea difícil hallar la justificación de los hechos estableciendo hipótesis que necesariamente nos permiten fijar las causas que los promueven.

La iniciación de Valeria Mesalina en la vida sexual o, por mejor decir, su desfloración, tuvo lugar en el templo de Príapo, denominado entonces de Miphileseth, ya que, en realidad, se trataba de una divinidad extranjera en Roma. Servía el templo un sacerdote de origen judío llamado Shillón, un vividor parecido al moderno Rasputín, y que decía estar en posesión de ciertos secretos mágicos de Oriente, mediante los cuales proporcionaba a las mujeres deleites desconocidos, pudiendo hacerlas estériles o fecundas, según su capricho. Con este pretexto, reunía en su torno a un grupo de hombres y mujeres de costumbres licenciosas que, habiendo perdido su fe en los dioses indígenas, recurrían a las divinidades exóticas, a cuyo amparo eran posibles todos los placeres que negaba o mal consentía el paganismo romano.

Después de la ceremonia ritual, Shillón condujo a Mesalina a un sótano del templo, y, valiéndose de los medios naturales, la destrozó el signo de la virginidad. Ella, al salir, mostraba con orgullo la sangre que en tenues hilos descendía por sus piernas, como prueba de que la iniciación se había consumado. La joven iba acompañada de Lépida, su madre.

A partir de aquella fecha, Mesalina pudo asistir a los festivales eróticos que, con pretextos religiosos, se celebraban en los diversos templos de la ciudad. Su extraordinaria belleza llamó la atención de muchos magnates, y hasta Claudio, que era tío de Calígula, entonces emperador, se quedó prendado de los encantos de la hija de Messala.

La superstición que reinaba entre los romanos, y especialmente en las clases más cultas de la sociedad, ejerció gran influencia en la vida y en la actitud de Mesalina. Su madre consultaba constantemente con los magos y sacerdotes de las religiones extrañas. Un mago llamado Simón reveló a Lépida el porvenir de su hija, que había nacido para el placer y para reinar entre los hombres. Al efecto, el hechicero la dijo que el emperador Claudio, que había sucedido en el trono a su sobrino, quería casarse con ella. Claudio era entonces un hombre de cincuenta y tantos años, enfermo, achacoso e idiota. El retrato que de este emperador hacen sus biógrafos, revela un ser repugnante, física y moralmente.

Se celebró la boda. El repulsivo Claudio no podía ser amado por aquella criatura de diecisiete años, cuyo temperamento necesitaba

de más ardientes adoradores. Le odió profundamente cuando le vió embriagado y encendido en una repugnante lujuria. La noche de bodas la brutalizó rápidamente y se quedó dormido.

Un joven sirio llamado Ithamar, muchacho de singular belleza, había llamado la atención de Mesalina durante el banquete nupcial. Ella imploró de sus dioses protección para tanta desventura. Salió al jardín del palacio, encontrándose con Ithamar que respiraba el fresco de la noche estival. Y Mesalina, creyendo que sus dioses la habían escuchado, aproximóse al joven y se entregó a él con todo el ardor de su sangre.

En otras circunstancias, incluso en las actuales de la cultura, no tendría nada de extraño que una mujer casada en tales condiciones, contra su voluntad, buscase en el adulterio el desquite de sus desventuras; mas en la época de Roma, tal actitud extrañaba bastante menos que ahora.

Se dice de Mesalina que practicó la homosexualidad con sus esclavas Calpurnia y Cleopatra; pero otros historiadores aseguran que la amistad que tenía con sus fieles servidoras, no tenía otro objeto sino hacerle creer a su marido que gozaba con ellas con tal de no entregarse a él. El degenerado, también masoquista, encontraba placer sabiendo que su mujer le traicionaba con las esclavas. En realidad, según los testimonios de dichas mujeres, Mesalina decía constantemente que "la única cosa por la que sólo valía la pena vivir es el momento en que los hombres estaban encima de ella y lanzaban gruñidos de bestia salvaje al sentir el goce amoroso".

La principal obsesión de Claudio era la de que tenía que morir asesinado lo mismo que su sobrino Calígula, como sucedió, en efecto. Con este cuidado vivía constantemente, por lo que no se preocupaba demasiado de la escandalosa existencia de su mujer, la cual se entregaba a cuantos hombres llegaron a inspirarle interés o curiosidad, sin reparar en nada. Lucio Vitelio, que había sido gobernador, disfrutó del cuerpo de Mesalina, sólo porque la adoraba, aunque sentía por él una repugnancia invencible. En este individuo encontramos uno de los primeros casos de fetichismo del calzado de que habla la historia: llevaba constantemente colgada del cuello una sandalia que había usado la emperatriz, prenda que adoraba como a un ídolo.

Se entregaba sin cálculo, espontáneamente, sin que los hombres la desearan siquiera. No obstante, en los detalles que conocemos de su vida, no hay muchos que induzcan a pensar en la posibilidad de

una verdadera locura erótica, de un estado ninfomaníaco característico, como se asegura por algunos tratadistas.

En los siguientes detalles de su vida sexual, es fácil adivinar la relativa independencia existente entre sus actos impulsivos psíquicos y físicos: "Dió su cuerpo a un lanista de gladiadores, a causa de su fuerza; a Vinicio, sobrino de Claudio, porque era de naturaleza ruin; a Sabino, porque poseía una hermosa cabellera y gustaba del perfume de verbena que exhalaba. Otro le gustó a causa del color de sus ojos; otro, porque sus manos tenían la particularidad de estar siempre calientes; otro, por tener el cuerpo velludo, y otro, por tener la piel lisa. En Baies, después de bañarse en un lugar solitario, en presencia de su esclava Livia, se dió a un pescador que pasaba, por eso, porque pasaba."

Todas estas razones, algunas demasiado pueriles, eran en su mente, al fin y al cabo, "razones". La ninfomaníaca se entrega sin razón alguna, sin que en su mentalidad se descubra la menor explicación de sus actos, y a cualquier hombre también, sea joven o viejo. Mesalina sentía por los viejos y los niños gran aversión, ya que éstos no eran capaces de satisfacer debidamente sus brutales impulsos.

Por otra parte, procuraba ocultarse siempre. El dominio de la razón no llegó a perderlo nunca. Cuando se entregaba a los soldados del barrio de Suburra, iba discretamente disfrazada, de manera que no pudiera adivinarse su rango, y, a veces, se hacía pasar por una "lupia" extranjera que podía vivir sin el auxilio económico de los hombres, y cuando exigía alguna modesta cantidad, la ofrendaba en el altar de Afrodita, como limosna para el culto de la diosa.

Para sus citas había hecho instalar una casita en los alrededores de la ciudad, donde recibía a sus amantes. La casa estaba a nombre de su sirviente, Livia, la cual la frecuentaba regularmente para que no pudiera sospecharse quién era la verdadera propietaria. No obstante, un joven adorador de la emperatriz, llamado Tito, bello efebo de quince años, que llegó a disfrutar del cuerpo de la hermosa, difundió por Roma sus aventuras con la real mujer. Esto alarmó a Mesalina, que temía que sus infidelidades llegasen a oídos de Claudio, y entonces decidió asesinar a Tito, lo que consiguió por medio de un violento veneno.

El gran amor de Mesalina fué Valerio Asiático, un bravo general, que llevó de victoria en victoria a los ejércitos imperiales. La indiferencia de este hombre por Mesalina, hizo que ella le desease

más ardientemente; pero jamás él accedió a los deseos de la emperatriz, que siguió amándole después de muerto, aunque antes le hubiese odiado por despecho.

A partir de entonces es cuando se avivó el furor erótico de Mesalina, convencida de que jamás disfrutaría los placeres de aquel amor noble que puso en Valerio Asiático y de que la hablaron los magos. Fué cuando se resolvió a frecuentar el barrio de Suburra.

Unos historiadores dicen que esto sólo lo hizo una noche; pero Juvenal, Tácito, Josefo y otros aseguran que la emperatriz tomaba casi todas las noches el lugar de una prostituta llamada Lysisca, en la que tenía un gran parecido, o bien haciéndose pasar por una extranjera.

Lo cierto es que durante mucho tiempo la emperatriz tuvo la obsesión de imitar la conducta de Cleopatra, la célebre reina de Egipto, que había vivido en Roma durante algún tiempo, y que tenía la costumbre de frecuentar los peores barrios de Alejandría para gozar del amor brutal de los soldados, esclavos y mercaderes del desierto.

Mesalina iba siempre acompañada de un invertido llamado Mnester, el cual la había hecho saber que la prostituta Lysisca, a quien llamaban "la Emperatriz" por su extraordinario parecido con Mesalina, llegó a aumentar el precio de sus servicios por esta coincidencia. Lysisca era una meretriz que sólo actuaba de noche, aunque de día llevaba una vida honesta.

Mnester se entrevistó con el dueño del burdel, al que dijo que tenía una mujer muy parecida a Mesalina, y tan hermosa como ella, la cual podría sustituir a Lysisca algunas noches, por lo que él indemnizaría al dueño de la casa. En efecto, allí sació la emperatriz sus ardores sexuales con gentes de la peor calaña, que la trataban lo mismo que a las demás prostitutas, es decir, sin consideraciones de ningún género. Allí conoció la esposa de Claudio a muchos tipos curiosos, con los que no tenía más remedio que practicar todos los caprichos que se les antojaban, en calidad de mujer pagada.

No se sabe con precisión durante cuánto tiempo vivió Mesalina de esta forma, aunque, desde luego, coincidió con el que Claudio estuvo ausente de Roma.

Un cónsul llamado Cayo Silio fué el capricho de Mesalina durante unos meses. En esta época de su vida parece ser fiel a su amante, sin otras complicaciones. Pero resulta que a toda costa que-

re que la ciudad conozca sus amores con el célebre hombre público, al que obliga a poseería en las circunstancias más extrañas, cuando puedan ser vistos por la gente. No se recata de abrazarle en público; pasando una tarde por los alrededores de Roma, le hizo que la poseyera en un foso, al borde de un camino; otra vez fueron ambos a Suburra, y, en plena calle, ante la multitud asombrada, la emperatriz y el cónsul se entregaron al amor. Estos escándalos eran conocidos por toda la ciudad; pero Claudio no podía dar crédito a tan insólitos sucesos.

Un día tuvo Claudio necesidad de ausentarse de Roma. Mesalina consultó con los magos, los cuales la aseguraron que el emperador no regresaría con vida de aquella expedición. Entonces su esposa realizó los preparativos de su boda con Cayo Silio, haciendo saber a toda Roma que en breve sería proclamado el nuevo emperador.

Pero Claudio se enteró de todo, y rápidamente organizó el regreso a Roma, que fué anunciado también por los magos en el momento en que se celebraban los esponsales de Mesalina con Cayo Silio.

Todos los invitados, que habían creído sinceramente en la muerte del emperador, huyeron despavoridos ante los primeros truenos de una furiosa tempestad, que los arúspices interpretaban como un signo de mal augurio y que podía traducirse en la furiosa venganza de Claudio.

Ya de noche, cuando se calmó la tormenta, entró en la ciudad una escolta que precedía a Claudio. Entonces Mesalina y su amante huyeron aterrorizados, sabiendo lo que les esperaba.

Entre tanto, la opinión se había dividido y unos se mostraban partidarios de Claudio y otros de Cayo Silio; la guerra civil iba a desencadenarse. Pero el pueblo, al conocer a fondo todos los escándalos que había dado Mesalina, como el emperador hablase de ellos en público, se captó las simpatías de los más reacios, y organizándose rápidamente las tropas, quedó conjurado el peligro de una sublevación.

Cayo Silio fué detenido en unión de sus amigos, sospechosos de haberle ayudado en sus planes, y a las pocas horas todos habían sido ejecutados.

Mesalina sabíase perdida, porque los principales adictos del emperador Claudio, Narcisus, Británico, Evodus, escriba de Claudio, y otros, la odiaban mortalmente y tenían sobre su marido la su-

ficiente influencia para hacer que éste la sentenciara al capricho de sus consejeros.

La emperatriz había ido a refugiarse en unión de su madre en la casa de Valerio Asiático, cuyas propiedades pasaron a formar parte de los bienes imperiales a la muerte del patricio, por lo que Mesalina dispuso que se instalara en la posesión.

Evodus se adelantó al tribuno y a los soldados que buscaban a Mesalina en las habitaciones de la casa, y encontrándola en el jardín la insultó, mientras la desgarraba la túnica, diciendo: "¡Perra! ¡Meretriz de Suburra! ¡Enséñanos tu cuerpo antes de morir!"

Lépida llegó con los soldados y entregó a su hija un puñal para que se diera la muerte; pero ella sólo consiguió producirse ligeras heridas. Entonces el tribuno llegó hasta la emperatriz, y desenvainando su espada, la asestó un rudo golpe bajo la axila, matándola instantáneamente.

Así murió una de las más célebres, quizá la más famosa de todas las "mujeres de historia" sexual que han pisado la tierra.

Seguramente no fué tan cruel como para merecer aquella muerte desastrosa. Su final, su postura final ante la muerte, fué el más rudo contraste que se advierte en su vida. Evodus la había deseado ardientemente, pero ella le rechazó siempre por sucio y repugnante. Si este personaje hubiera sido más limpio, es fácil que Mesalina hubiese muerto de otra manera; tal vez naturalmente, a pesar de su matrimonio con Cayo Silio, quien se hubiese proclamado emperador, ordenando inmediatamente la ejecución de Claudio, lo que a la vez pudo traducirse en una nueva orientación política, en nuevos rumbos para el pueblo romano.

De morir Claudio, acaso Nerón, su protegido, no llegara a ocupar el trono de los Césares, y entonces la historia de Roma no registraría en sus páginas las crueles monstruosidades de aquel gran degenerado, que llegó hasta el extremo de ordenar que abrieran el vientre de su madre para ver dónde había permanecido él durante nueve meses. Todo esto se habría evitado de no morir Mesalina, la mujer que era todo sexo y que no tuvo alma más que para un amor que no pudo lograr nunca.

Mesalina buscó el amor; se entregó a todas las formas de la sexualidad con el ansia indomable de satisfacer un impulso espiritual de tanta intensidad como el físico. Fué cruel muchas veces por sadismo, por el afán de impresionarse con emociones fuertes. En su vida jugó el principal papel el drama de su matrimonio con



LA MUJER DE PUTIFAR

El casto José no quiso acceder a sus deshonestas proposiciones, pero ella se vengó denunciando a su marido al infeliz mozo por todo lo contrario

LAMINA III



CLEOPATRA

Mató a sus dos hermanos, sometió a Julio César, fué amante de Marco Antonio y ejerció la prostitución, por capricho, en las calles de Alejandría

LAMINA IV

Claudio, y, por otra parte, el desdén de Valerio Asiático hacia sus encantos singulares. A no ser por estos dos contrastes, Mesalina hubiera pasado por la época como una mujer vulgar, porque hubiese vivido feliz. Y no hay nada más vulgar que la dicha, porque los seres dichosos parecen avaros de su felicidad y por eso procuran recogerse en la torre de marfil de sus placeres más puros.

Mesalina no intrigó ni impuso su voluntad en lo que afectaba a la vida política del pueblo romano; su egoismo fué tanto, que nada que no afectase a ella personalmente, a su felicidad, a sus ambiciones eróticas, llegó a preocuparle lo más mínimo. Ni los triunfos militares de las huestes imperiales, ni los éxitos de Valerio Asiático, ni las derrotas de las legiones, ni ningún acontecimiento social, militar o político, ocuparon su atención más tiempo que el necesario para enterarse de la noticia. Si quiso casarse con Cayo Silio, fué porque odiaba a Claudio; le odiaba porque era impotente y viejo, y porque no supo apoderarse de su alma, tan femenina. Todavía si el tío de Caligula hubiera renunciado a la tarea, para él imposible, de satisfacer a Mesalina, Cayo Silio se habría contentado con poseer a Mesalina mujer, sin ocuparse para nada de Mesalina emperatriz.

Como antítesis de Mesalina, la Historia nos habla de Cleopatra, la bellísima reina de Egipto. La diferencia la encontramos únicamente en lo que se refiere a la actuación pública de ambas mujeres, puesto que Cleopatra, gran patriota, procuraba supeditar a la grandeza de su pueblo todas sus pasiones íntimas. Cleopatra hubiera dado su vida por el pueblo egipcio; Mesalina no tuvo inconveniente en que muriera el pueblo romano con tal de satisfacer sus pasiones; tal es el gran abismo que separaba a los ideales de las dos mujeres más famosas de la historia antigua.

La gran reina egipcia nació en Alejandría, según unos, el año 69, y, según otros, el 72, antes de la Era cristiana. Lo que puede asegurarse es que la fecha de su muerte fué en el año 30 (a. de J.) según se pudo comprobar por varios egiptólogos y por las narraciones más verídicas de sus contemporáneos.

Los camafeos y dibujos egipcios reproducen a la reina como una mujer alta, esbelta, magníficamente formada. Un autor de aquellos tiempos describía su rostro lleno de perfecciones: ojos negros, rasgados, de grandes y densas pestañas; labios gruesos y rojos, mejillas eternamente sonrosadas. Y, sobre todo, su nariz: tan perfecta, que un milímetro más o menos hubiera destruído la armo-

nia del maravilloso rostro; es decir, que, por ese solo detalle, Cleopatra no habría sido tan bella, y, al no ser bella, tal vez no hubieran tenido lugar los sucesos que tanto influyeron en la paz de los pueblos de aquellos tiempos. (Lámina IV.)

El padre de Cleopatra fué Tolomeo Auletos XIII, el cual murió cuando su hija, la sucesora legítima, contaba diecisiete años de edad. El padre había dispuesto en su testamento que el reino se lo repartiesen sus hijos, Cleopatra y su hermano, Dyonisios, que a la sazón contaba nueve años de edad, y que recibía el nombre de Tolomeo XIV.

Con arreglo a la ley egipcia, Cleopatra se casó con su hermano, no llegando a realizarse la unión incestuosa porque el marido dedicaba más atención a sus juegos que al aspecto sexual de su matrimonio.

Parece ser que esta circunstancia contrarió a la reina, que ya estaba en edad de practicar el amor, porque a aquella fecha sus nodrizas y ayas la habían impuesto de las obligaciones de las esposas para con sus maridos. No obstante, no tuvo más remedio que resignarse con aquella unión extraña, si bien una joven de su edad, hija de una esclava, llamada Hermione, que, con tan pocos años, había sido la amante de un palaciego, procuró mostrar a la reina como dos mujeres solas podían arreglárselas para ser felices sin el concurso de los hombres, practicando las ideas que muchos años antes hiciera célebres la poetisa Safo.

Pero esta compensación no satisfacía a Cleopatra, la cual se creía con un perfecto derecho a disfrutar de los deleites naturales de que la hablaba Hermione, cosa que no podía lograr con su esposo y hermano. Por otra parte, tampoco se avenía a repartir el reino de Egipto con aquella criatura, sino que a toda costa quería reinar sola. Al efecto, intrigó cuanto pudo haciendo favores de determinada índole a uno de sus generales, el cual se encargó de hacer crecer la madera en la frente del niño, esposo y hermano de la reina.

Los favoritos de éste, escandalizados, respondieron a las intrigas de la joven, excitando contra ella al pueblo, hasta que los alejandrinos se levantaron en armas al lado de los ejércitos del joven Tolomeo XIV, no cesando en su actitud hasta que no consiguieron que Cleopatra saliera del reino, lo que aconteció en el año 49, o sea cuando la muchacha contaba veinte años de edad. Se refugió en Siria, en unión de sus escasas tropas, con las que salió al encuentro

de Aquilas, general de los ejércitos de su hermano, con el que tuvo una batalla.

César, que había sido nombrado tutor de los hermanos por su padre, Tolomeo XIII, y que a la sazón se hallaba en las proximidades de Egipto, al frente de sus legiones, consiguió que cesase aquella lucha fratricida para ver quién de los dos contendientes tenía razón. En efecto, se hizo una tregua, que el emperador romano aprovechó para investigar en el fondo de aquellas diferencias de los dos monarcas, cuya tutela le había sido encomendada.

Cleopatra no las tenía todas consigo, y sabiendo lo justiciero que era César, temió que la causa fuera ganada por el joven Dyonisios, el cual tenía de su parte a los más significados generales y magnates del reino.

Pero Cleopatra conocía las aficiones del César, y, además, sabía cuánto puede lograr una mujer con su belleza y su habilidad. Empezó por enviar al romano unos emisarios, los cuales fueron recibidos por aquel con bastante frialdad, ya que, bien informado, sabía que la razón no estaba de parte de Cleopatra y sí de Dyonisios, que siempre estuvo dispuesto a acatar la voluntad de su padre.

Despidió a los emisarios, diciéndoles que su reina no tenía razón ni para reclamar en justicia el menor derecho sobre Dyonisios, y que, por lo tanto, estaba dispuesto a intervenir en el conflicto con sus legiones si ella no accedía de buen grado a ocupar el puesto que le correspondía en el reinado del pueblo egipcio.

Huelga decir que la reina se encolerizó bastante. Revistó a sus tropas en un momento de soberbia, y cuando se disponía a dar la batalla a las huestes del César, lo que hubiera sido un acto suicida, ideó una estratagema para ser recibida por el emperador romano antes de que tuviera tiempo de dejarse convencer por los generales de su esposo y enemigo. Al efecto, hizo que la trajesen de su palacio el tapiz más bello y valioso, con el fin de regalárselo a César. Ella se envolvió en el tapiz, y así se hizo conducir a presencia del emperador romano, al cual anunció uno de sus generales que la reina de Egipto se había dignado hacerle un obsequio de paso que le rogaba que lo viese inmediatamente, por prepararle una sorpresa. Y no fué pequeña la emoción del dictador al ver que entre la valiosa prenda apareció una bellísima y encantadora joven, enjoyada y perfumada como una reina.

—Señor—díjole Cleopatra, con la más graciosa de su sonrisas—,

si os place mi regalo, honradme aceptando con él a la reina de Egipto, vuestra esclava.

El César no salía de su asombro. Aseguraba que jamás pudo sospechar que existiera sobre la tierra tan bellísima y gentil criatura, ni que hubiese tampoco una mujer tan graciosa e inteligente.

En seguida dispuso el emperador que preparasen a la reina habitaciones dignas de ella, cerca de su tienda de campaña. Aquella noche se organizó en el campamento una gran fiesta en su honor, y a la mañana siguiente Dyonisios recibía orden del César de depositar las armas, a lo que accedió Tolomeo XIV sin la menor protesta.

Cleopatra no perdió su línea de conducta un solo momento. Hablóle al César de su admiración por él, del respeto que la inspiraban los hombres justicieros, de su infortunio, de su vida sin un amor, de su existencia, desolada y triste, sin el cariño de un hombre joven, bello y poderoso "como el mismo César". Y unos días más tarde, la inteligente reina hizo que su belleza reinase también sobre el corazón del hombre más poderoso de la tierra, que se postraba de rodillas ante el cuerpo magnífico y desnudo de la hermosa.

Todos estos acontecimientos produjeron en Egipto y Roma el natural escándalo, y Aquilas, viendo que perdía la partida, siguió la guerra contra Cleopatra, intentando una sedición contra César que fué rápidamente sofocada.

Mientras tanto, el romano y la egipcia vivían felices rodeados del amor de sus tropas. No se sabe cómo un día se ahogó Dyonisios en el Nilo; pero el caso es que Cleopatra pudo reinar sola, sin que la molestasen los soldados de su enemigo Aquilas, el cual murió también de una manera misteriosa.

Con arreglo a la tradición, se casó con su otro hermano, Tolomeo XV, obedeciendo la orden de César, el cual quería que a toda costa se cumplieran las disposiciones del padre. Tenía el niño seis años, y como la edad no le permitía mezclarse en política vivió tranquilo hasta los catorce, hora en que debía tomar las riendas del poder con Cleopatra. Pero como estaba dispuesta a que nadie alternase con ella en tan importante faena, administró a su hermanito un veneno, y así quedó completamente libre de consecuencias testamentarias.

César hizo un alto en sus campañas para entregarse de lleno al amor de la reina, a la que adoraba, hasta el nacimiento de un hijo cuyo padre es fácil que fuese el emperador, y que recibió el nombre de Cesarión. La criatura nació en el año 47, en cuya fecha Cleo-

patra marchó a Roma, donde se instaló en el magnífico palacio que el César poseía a la orilla del Tíber.

Aquí se iniciaron graves acontecimientos por el descaro con que el dictador hacía ostentación de sus amores con la reina egipcia. Llegó a decir ante el Senado que la reina Cleopatra era más bella que la diosa Venus, y, al efecto, hizo instalar una estatua de ella en el Templo de la deidad del amor. El hecho produjo gran indignación entre los romanos; pero, por temor a la crueldad del César, se guardaron muy bien de manifestarlo públicamente.

Entonces se empezó a conspirar contra el emperador, el cual abandonaba los negocios públicos por el amor de la extranjera, con la que permanecía días enteros sin hacerse visible en el Senado. Los conspiradores Bruto y Casio, interpretando el sentir del Senado y de una gran parte del pueblo, organizaron la muerte del César. Aparecieron en escena Octavio y Marco Antonio, pero cuando el emperador ya había muerto a manos de Bruto.

Cleopatra se ocultó en Roma después de la muerte de su amante, no sin facilitar una escuadra a Octavio y Antonio. Más tarde, también se declaró partidaria de los asesinos de César, y como quisiera jugar con dos barajas, sufrió persecuciones y molestias que la obligaron a salir de Roma, donde peligraba su vida, pues los enemigos del muerto no dejaban de comprender que ella había sido la culpable de todos los trastornos políticos y sociales que conmovían a la patria romana, harto agitada con motivo de los sucesos militares.

Cuando Marco Antonio comprobó la deslealtad de Cleopatra, la llamó a su presencia para que justificase su extraña actitud, favoreciendo a los enemigos de su antiguo amante. Temió a las iras del famoso triunviro, y, para librarse de un castigo seguro, recurrió a todo su ingenio. No obstante, envió emisarios a Marco Antonio, anunciando su próxima llegada, y, al efecto, la reina organizó una expedición a Tarsos, donde a la sazón se encontraba Antonio, presentándose en una embarcación lujosísima, construída de maderas preciosas, oro, plata y valiosos esmaltes.

Ella iba vestida de seda y pedrería y acompañada de las jóvenes más bellas de su corte, que iban igualmente alhajadas. Acompañaban a la reina numerosas danzarinas, músicos, poetas y artistas de todo género. La nave arribó a Tarsos espléndidamente iluminada. Marco Antonio quedó completamente subyugado ante el lujo fastuoso de la nave, primero, y de la reina y su acompañamiento, después.

Jamás había soñado que sus ojos pudieran presenciar tan maravi... espectáculo.

Cleopatra, así que fué cumplimentada por el triunviro, le ... que se encontraba fatigada del viaje, por lo que le rogó que ... dispensase de saltar a tierra, suplicándole que la honrase con su ... tir a una fiesta que había organizado en su honor a bordo de ... suntuosa nave.

Marco Antonio no pudo resistir a los encantos singulares de ... bellísima reina, y no sólo asistió a la fiesta, sino que se quedó ... vivir en el barco, en unión de sus generales y jefes, los cuales ... se resarcieron de las penalidades de la campaña con los encantos ... de las numerosas damas que acompañaban a la egipcia. Allí se vivió ... en una completa orgía durante algún tiempo. Cleopatra procuraba ... rendir a Marco Antonio a fuerza de caricias, pero a la vez procuraba hacer ciertas concesiones a sus oficiales, con el fin de ganarlos para su causa, que no era otra sino la ambición de reinar sola en Egipto.

Antonio dejó de adorar a Marte para caer en los brazos magníficos de aquella Venus, palpitante y ardiente; ya no tuvo otros deseos de conquista que la plena posesión de aquella mujer maravillosa.

Pero nunca hay dicha completa en los amores adúlteros: Fulvia, esposa de Marco Antonio, y que por su inteligencia gozaba de gran ascendiente en el Senado romano, noticiosa de las relaciones de su marido con la reina egipcia, logró que Antonio fuese llamado a Roma, por lo que no tuvo más remedio que abandonar a Cleopatra, que regresó a Alejandría.

El triunviro estaba tan locamente enamorado de su amante que Fulvia murió a poco de regresar él a Roma, no se sabe si a consecuencia del convencimiento de que su marido no le amaba o de algún veneno, solución muy corriente en todos los problemas ... manos. Muerta su mujer, Antonio buscó un pretexto para regresar a Egipto, y la primer medida política que tomó consistió en ceder gran parte de las provincias egipcias al reino de Cesarión, hijo de Cleopatra, y por el que la reina mostraba un cariño apasionado. Para que Roma no volviese a molestarle con inoportunas llamadas, Antonio tomó el poder real, de acuerdo con Cleopatra, completando su actuación con la proclamación de la egipcia de "reina de reyes".

La coronación de Cleopatra fué una fiesta grandiosa. Se...

en un trono de oro y plata, con incrustaciones de pedrería; envuelta en el famoso velo de la diosa Isis, que hasta entonces jamás había sido usado por mujer alguna. Estos festejos duraron mucho tiempo, durante los cuales el populacho egipcio no cesaba de aclamar a sus monarcas, los cuales se habían adueñado por entero de la adoración de sus súbditos.

En esta época es cuando Cleopatra, dueña también del corazón y de la voluntad del triunviro, que no hacía más que lo que ella ordenaba, empezó a dar las mayores muestras de desenfreno y libertinaje. Se impuso de tal forma a su amante, que le obligaba a acompañarla en las visitas nocturnas que hacía al barrio de las prostitutas de Alejandría, donde se presentaba disfrazada para no ser reconocida. En distintas ocasiones tomó el lugar de las prostitutas, y allí se entregaba a las caricias de los legionarios romanos y de los soldados nubios y negros de su ejército, que nunca podían pensar en que poseían a su amada reina.

Como es natural, Antonio trató de oponerse a esta vida de libertinaje; pero Cleopatra era demasiado hábil para que el triunviro se saliese con la suya. Le hacía creer que tal conducta obedecía al deseo de enterarse de los planes de los jefes de los ejércitos egipcio y romano, diciéndole a Antonio que estaba convencida de que muchos de aquellos generales, que creían verdaderamente adictos, tramaban conspiraciones para asesinarlos. Con este motivo, Cleopatra se libró de aquellos oficiales a los que consideraba un tanto tibios en su afecto a tal estado de cosas.

Las tropas romanas se encontraban casi desmoralizadas por la corrupción y el vicio, y el pueblo egipcio, que de mala gana toleraba la intromisión de los dominadores en sus negocios, daba muestras de agitación constante, y con el menor pretexto se organizaban rebeliones, que eran débilmente reprimidas. En una ocasión un legionario dió muerte a un gato, animal sagrado para los egipcios, en las calles de Alejandría. El populacho se amotinó y destrozó al soldado. Esto se supo en Roma, que amenazó a Antonio con castigarle si no vengaba la muerte del soldado. Esto le obligó a dictar severas medidas de policía, que agravaron más la tirantez existente entre los dominadores y los dominados.

Antonio no tuvo más remedio que proseguir sus campañas contra los insurrectos, lo que daba lugar a que sus ausencias de palacio fueran largas. Entre tanto, Cleopatra procuraba satisfacer su deseo de placeres con los oficiales y soldados de las guarniciones romana

y egipcia de Alejandría. Cuando paseaba por la calle o veía pasar a los transeúntes bajo las ventanas de su palacio, si alguno que le gustase la miraba, le hacía llamar por uno de sus servidores. El hombre acudía a la presencia de la reina, la cual se mostraba casi desnuda y en las actitudes más provocativas. Si el hombre, por respeto o falta de deseo no demostraba su admiración por los encantos de la reina, era sometido a una especie de interrogatorio y se le dejaba marchar en paz. Pero otras veces, cuando el visitante no era capaz de resistir la fascinación del encanto de la egipcia, se entregaba a él y después de gozarle le hacía asesinar para que no pudiese dar cuenta a nadie de su regia aventura.

En una ocasión llegó a Alejandría un mercader sirio que iba a vender una colección de ricos tapices para el lecho. Quiso el hombre que la reina examinase su colección, y, al efecto, consiguió que ella le recibiera. Era un hombre de unos treinta años, fuerte y vigoroso, como un atleta y de piel bronceada. A Cleopatra le gustaron los tapices, y pidió precio, pero el mercader dijo que se consideraba pagado con que los aceptase como regalo a la mujer más hermosa que todas las diosas conocidas. Ella quiso responder a aquel gesto, y le invitó a que fuese a verla por la noche. Accedió el hombre, y, después de una cena opípara, la reina le entregó su cuerpo.

A la mañana siguiente, el mercader creyó que todo había sido un sueño; pero cuando se cercioró de que era una realidad y que estaba desnudo junto a la reina, temiendo el fin que habían tenido sus otros amantes de una noche, huyó de palacio antes de que ella despertara. Cleopatra, que había quedado materialmente rendida en virtud de las habilidades eróticas del mercader de tapices, llamó a su doncella, Hermione, preguntándole por el hombre. Entonces la sierva hizo saber a la reina que el extranjero había abandonado la regia cámara muy temprano, haciéndola saber que la reina le había encargado que nadie la molestase, despidiéndole y entregándole una magnífica esmeralda, como recuerdo de aquella noche de amor. Hermione vió la esmeralda, y creyendo lo que decía el forastero, le dejó marchar sin obstáculos. Y resultó que los tapices eran imitaciones muy bien hechas de los legítimos, y que el supuesto mercader despojó a la reina de aquella joya, que valía varios millones de sextercios.

Al convercerse de que había sido objeto de una burla, hizo que se registrase la ciudad para dar con el paradero de aquel vivo, pero las pesquisas resultaron totalmente infructuosas. Unos días más tarde, toda Alejandría supo la aventura del mercader sirio con la reina de Egipto.

Los días que duraba la ausencia de Antonio los aprovechaba la reina para sus crueles aventuras eróticas, de las que siempre resultaba alguna víctima, precio insustituíble de su silencio eterno.

Cuando regresó el triunviro, recibió órdenes de Octavio de restituirse a Roma; pero, haciendo caso omiso de los deseos de su compañero, permaneció en brazos de Cleopatra, que le tenía completamente dominado.

Como Antonio se negara a obedecer los mandatos del Senado, Roma declaró la guerra a la reina de Egipto. El triunviro se apresto a la defensa, organizando rápidamente las fuerzas, y, a instancias de Cleopatra, atacó a Octavio por mar, con una numerosa escuadra, que fué derrotada. Cleopatra, que asistió a la batalla, cuando vió que sus naves estaban en peligro, hizo que retrocediesen, quedándose Antonio con muy pocas embarcaciones, con las que siguió detrás de las de la reina. Octavio se presentó ante Alejandría a cuya ciudad pensó sitiar por hambre, a fin de evitar el derramamiento de sangre, ya que una gran parte de las tropas que la defendían eran legiones romanas.

La reina se vió perdida y segura de que si caía en manos de Octavio sería ejecutada. Rápidamente hizo construir un soberbio mausoleo, dentro del cual se encerró con todos sus tesoros, con el propósito de suicidarse cuando se hubiesen perdido todas las esperanzas de salvación.

Antonio, creyendo que su amante había realizado su siniestro propósito, se asestó varias cuchilladas con ánimo de suicidarse; pero no lo consiguió. Supo entonces que Cleopatra no había muerto, y se hizo conducir al mausoleo, donde, a poco de llegar, expiró en manos de la reina.

Este suceso impresionó a Octavio, el cual tenía gran afecto al muerto, y entonces se suspendieron las hostilidades. No tomó ninguna medida contra la reina, esperando órdenes de Roma para proceder en consecuencia. Cleopatra no pareció sentir demasiado la muerte de su amante, ya que estaba dispuesta a morir si las cosas no se arreglaban conforme a sus deseos. Para que el pueblo se tranquilizase, organizó algunas fiestas en el palacio, y durante algún tiempo prosiguió sus escandalosas aventuras con marineros y soldados, a los que hacía conducir a su presencia, asesinándoles después de haberles amado durante una noche.

Hubo un batelero del Nilo que pescaba en las inmediaciones del palacio de la reina, el cual se había enamorado de ella. Una noche logró lanzar una flecha a la habitación de la reina, a cuya extremidad puso un papiro, en el que expresaba su amor a la cruel mujer. El batelero huyó y no lograron encontrarle.

A la mañana siguiente, cuando la reina tomaba el baño, los eunucos guardianes descubrieron a un hombre que se ocultaba entre unos cañaverales por donde salía el agua del baño, desde donde había visto desnuda a Cleopatra. El hombre fué conducido a su presencia, y sin dignarse a mirarle apenas le condenó a muerte.

El preso acogió la sentencia con una sonrisa, manifestando que el hecho de ver desnuda a la reina de Egipto era un placer que no podía pagar con el precio de mil vidas.

Cuando ella supo estas manifestaciones del curioso, le llamó a su cámara, y entonces reconoció en él a un hermoso batelero que trabajaba cerca de su palacio, transportando viajeros de una orilla a otra del Nilo.

Le preguntó si conocía a un arquero que la noche antes había lanzado una flecha por una ventana del palacio, y el hombre contestó que aquel arquero había sido él, y que, como era buen nadador, logró ocultarse en la cañería de la salida del baño, desde donde hacía mucho tiempo veía a la reina tomar su baño matutino.

—Tú sabes el precio de tu audacia, ¿verdad, batelero?

—Lo sé: la muerte. ¿Pero qué es la muerte comparada con el placer supremo de escuchar tu voz?

—¿Estás dispuesto a morir?

—¡Eso es bien poco! Si resucitase, volvería a verte desnuda aunque me dieses la muerte de nuevo.

—Eres valiente.

—Te amo nada más.

—¿Y qué darías tú porque te correspondiera?

—No tenía más que la vida, y desde que entré en tus habitaciones sé que ya no me pertenece. No tengo nada que darte.

—Entonces, seré tuya esta noche, antes de que mueras; hoy eres el dueño absoluto de todo este palacio; dueño de todo, incluso de mí misma, pero no de tu vida.

Y el batelero, audaz y valeroso, besó largamente la boca de la reina. Cleopatra sintió que su cuerpo era invadido por una ola infinita de voluptuosidad, que no había experimentado jamás, ni con César, ni con Antonio, ni con nigún hombre.

Llegó la noche. La reina y su súbdito cenaron como dos amantes. Una orquesta ejecutaba las danzas, que se habían puesto a interpretar bellas danzarinas. Por toda la estancia había sedas, flores y frutas de delicados aromas y de colores deliciosos. A una señal de la reina, los artistas y siervos se retiraron, quedando solos los amantes de una noche. Antes se cercioró Cleopatra de que, sobre una mesa inmediata al lecho había una copa de vidrio, conteniendo un líquido azulado; era el veneno que tenía que ingerir su amante de aquella noche.

A la mañana siguiente, el batelero despertó a la reina, besándola en los labios, en los ojos, en los senos, en todo aquel cuerpo de maravilla. Ella creyó que aún era demasiado pronto para que su amante muriera, y de nuevo se repitieron las escenas amorosas, que apenas se habían interrumpido en toda la noche. Se durmieron de nuevo, y, al despertar, Cleopatra se dirigió al joven:

—Yo he cumplido mi promesa de ayer; cumple tú ahora la tuya.

El valeroso muchacho, tomó sonriente la copa del veneno y brindó por la reina más bella de la tierra y del cielo. Ella le miraba serena, creyendo que no sería capaz de beberse el líquido. Además, aquel hombre la reveló sensaciones extrañas, que jamás conociera. Era joven, valeroso, bello y fuerte. Quedósele mirando unos instantes, y comprendió que ningún hombre sería capaz de tanto sacrificio por su amor, por su cuerpo, por su belleza. Durante unos momentos, pensó que acaso pudiera huir del castigo de Roma refugiándose con aquel batelero en cualquier parte del Alto Nilo, porque el hombre era tan valeroso que acaso no pudieran superarle todos los generales de su ejército. El muchacho seguía sereno, esperando la orden de la reina.

—¿Estás seguro de que me amas?

—No creo que haya nadie que no sea capaz de dar la vida por una noche de amor con la reina de Egipto.

—¿Y si yo te relevase de beber el veneno?

—Sería inútil, porque me exigirías la vida más tarde o yo no podría sobrevivir al dolor de verte en brazos de otro amante. Por eso, lo mejor es esto:

Y de un sorbo apuró la copa del terrible veneno, que jamás perdonaba.

Cleopatra se arrojó sobre el joven, que tenía la sonrisa en los labios. Le besó ardientemente en la boca con el afán de absorber el líquido mortal, pero no pudo lograrlo. Un temblor convulsivo

recorrió el cuerpo del batelero, que se estremeció bajo el dom... de la muerte.

—¡Te amo! ¡Te amo!... ¡No mueras aún!...—imploró la rei... llorando por primera vez en su vida.

Pero ya era tarde. Estaba muerto.

Entonces Cleopatra, dándose cuenta de toda la inmensa trage... de su vida y de lo que había perdido con aquel adorador tan noble... quizá el único que hubiera podido darle la felicidad, cayó al suel... sollozando. Entre unas flores vió un áspid de las rosas, cuya mordedura es mortal siempre. Tomó entre sus manos el reptil, excitándole se le llevó a un pecho. La bestia mordió aquella carne blanca, tantas veces besada, y la infeliz mujer cayó para no levantarse más. Esta fué la última noche de amor de la reina Cleopatra.

Un historiador dice que la muerte de la reina no sucedió inmediatamente a la noche de amor con el batelero del Nilo, sino que acaeció unos días más tarde, cuando se hubo convencido que sus encantos no eran suficientes para aplacar la sed de venganza que corroía el alma del triunviro Octavio.

Este se mostró implacable con la reina, y no quiso ni verla siquiera, tal vez temeroso de que su belleza le hiciese variar los propósitos que abrigaba respecto de ella.

Afirma el citado historiador que la reina dió una gran fiesta en el palacio, después de haberse adornado con sus mejores galas. La fiesta fué sólo para su servidumbre, de la que quiso despedirse con la misma bondad con que siempre trató a sus criados. Dió permiso a todos para que hicieran cuanto quisiesen, y la orgía que allí tuvo lugar fué inenarrable, pues se hizo poseer por todos los hombres que asistían al espectáculo. Y, al final, rendida, es cuando se hizo traer un ramo de flores, en el que había hecho ocultar el áspid que la mordió en un pecho. (Lámina V.)

Cleopatra no fué tan cruel como Mesalina; jamás se recreó con el espectáculo de ver morir a sus enemigos o a sus amantes de una noche. Si hacía asesinar a éstos, era con el fin de que no pudieran conocerse sus aventuras, no por ella, puesto que nada podía importarle, sino por sus amantes, César y Antonio, a los que, respectivamente, procuró guardar todos los respetos que pudieran ser compatibles con su temperamento.

Mujer de ambiciones desmedidas, los intereses de su pueblo estaban por encima de sus propios intereses. Lo que más temía era la dominación de Roma, que a toda costa quería anexionarse Egip-

to. El pueblo vivió feliz con su reina, la cual tenía la habilidad suficiente para hacer compatible la alianza con el bienestar de sus vasallos.

No obstante, no puede negarse que se trataba de una criatura de gran temperamento sexual; pero muchas veces se entregaba a los hombres, no por el placer que ellos pudieran darle, sino por hacerles gozar de sus encantos, que creía inimitables. Este narcisismo era la causa principal de que en todas las fiestas se presentase a los ojos del pueblo de la manera más sugestiva posible. Si tenía noticias de que algún hombre la deseaba, le hacía conducir a su presencia, con el fin de entregarse a él, dándole la felicidad que pretendía. Ahora bien, el precio de estos deleites era la vida, única forma de asegurar el secreto de sus actos licenciosos, que muchas veces fueron divulgados, lo que le producía gran enojo. Si sus amantes ocasionales hubieran sido más discretos, no habrían tenido el fin trágico que sucedía a aquellas magníficas escenas de amor. Cleopatra era feliz viendo feliz a su pueblo.

No fué muy devota de las divinidades egipcias, y puede decirse que no tuvo otra religión que la de su conciencia. Consideraba que la verdadera felicidad estaba en la tierra y no en la vida del cielo, por cuya razón procuraba disfrutar de cuantos goces podía, pero recatándose en la medida de lo posible, temerosa de la crítica de las gentes, que nunca llegaron, ni aun hoy mismo, a comprenderla.

DAMAS DEL RENACIMIENTO

El vicio, puesto de moda.—Isabel de Baviera y sus amores libertinos.—Ana Bolena.—Ana de Austria.—Catalina de Médicis y las camareras italianas.—Las cortesanas del Renacentismo italiano.—Catalina Sforza.—Tullia d'Aragona. Biografía de una hetaira.—Verónica Franco. Ninón de Lenclos, la última cortesana.—Estudio psicológico de su vida.—Su indiferencia por el dinero.—Su celebridad intelectual.

Hasta el siglo XV duró, por decirlo así, la más violenta dominación de los eclesiásticos a cuyas leyes habían de someterse todas las actividades más íntimas de los pueblos cristianos.

El afán de imitar los usos de los tiempos clásicos, movimiento iniciado por los hombres de más talento de la época, ofreció a la mujer la probabilidad de sacudirse el yugo religioso que la había tenido dominada casi desde la caída del Imperio romano, coincidiendo con el desarrollo de las ideas morales del Cristianismo. En los círculos intelectuales y elegantes es donde prendieron las semillas de la reforma de las costumbres, mejor dicho, de la imitación del clasicismo, actitud que abarcaba a todas las expresiones espirituales y hasta materiales de la antigüedad.

El romanticismo de los caballeros de la Edad Media y las leyes morales de aquel tiempo, consistentes en subyugar a la mujer a la voluntad poderosa del hombre, que imponía toda la autoridad de su sexo, originó los primeros movimientos de rebeldía de las oprimidas, hartas de soportar unos hábitos que lesionaban sus intereses morales y materiales hasta el punto de que para ser feliz una mujer había de estar en posesión de dos naturalezas distintas: una, a que se expresaba en el sentido de su sumisión a la autoridad paterna o marital, y otra, la que se refería al galanteo de que era objeto por parte de los esforzados caballeros, que empezaban por hacer un voto de castidad con relación a la dama de sus locuras o de sus pensamientos.

Muchas fueron las damas renacentistas que aceptaron de buen grado las nuevas formas de libertinaje que imponía la época. Era moda ser «clásico», como hoy lo sea teñirse el cabello de rubio platino. Las damas de más alta alcurnia daban el ejemplo con sus escándalos y orgías que tenían lugar en los palacios, en los salones, en los jardines y donde fuese. Surgieron imitadoras de Safo y devotas de Afrodita que querían renovar las viejas tradiciones licenciosas de su sexo, y los poetas, los escritores y los artistas encontraron en este ambiente nuevas fuentes de inspiración, como aquellas que iluminaron a Sócrates, a Praxiteles y a Pericles.

En gran parte, no se debió esta revolución a una necesidad imperiosa de la propia naturaleza, sino que fué algo cerebral, algo calculado, como si la capa de distinción o de singularidad no pudiera obtenerse si no era sometiéndose al empeño de resucitar las edades muertas. Muchas mujeres fueron viciosas porque estaban hartas de ser honestas, y otras lo fueron sin necesidad alguna de su temperamento, por el deseo único de incorporarse al ritmo nuevo de que hablaban los viejos libros de los griegos y romanos.

Todas las aventuras de Safo, de Helena, la esposa de Juliano, de Mesalina, de Thais y de tantas otras celebridades remotas, servían de modelo a las damas del Renacimiento para justificar su amor al clasicismo.

No cabe duda que muchas no lo comprendieron exactamente; pero todas procuraron practicar aquellos aspectos más fáciles de copiar, sin que se ocupasen demasiado de dar cabida a las cuestiones del espíritu que fueron el origen de la actitud de las mujeres de historia de la antigüedad.

Allá por el año de 1400, hubo una reina en Francia que se llamó Isabel de Baviera, y fué esposa de Carlos VI el *Muy amado*, que se volvió loco por varias razones, entre ellas por lo golfa que era su mujer, que no se conformó con tener numerosos amantes masculinos, sino que tenía fama de ser, como Nerón, la mujer de todos los maridos y *la* marido de todas las mujeres de la corte.

No cometió crueldades o al menos la Historia no nos habla de ellas. Pero es lo cierto que cada vez que era presentado en la corte un nuevo aristócrata, sea del sexo que fuere, como resultase agradable a los ojos de la reina, no tenía más remedio que asistir a una audiencia privada en la que la viciosa procuraba enterarse de los gustos del distinguido vasallo.

Una de sus aficiones principales consistía en enterarse del lujo



SUICIDIO DE CLEOPATRA

Fué tan funesta la influencia que ejerció esta mujer en los negocios de Roma, que cuando iba a ser presa y ejecutada se dió la muerte haciéndose morder por un áspid

LAMINA V



NINON DE LENCLOS

Bella cortesana del Renacimiento que encarnó el antiguo hetairismo griego reuniendo en su torno a una multitud de adoradores que celebraron los encantos de su cuerpo y de su espíritu

LAMINA VI

de la ropa interior de las damas de la corte. Al efecto, hacía que ésta se desnudase en su presencia con el fin de examinar las prendas sobre el maniquí. Después, lo demás corría de su cuenta. Una dama alemana, esposa de un embajador, se permitió el lujo de abofetear a la reina cuando ésta se tomó ciertas libertades. Naturalmente, la expulsó de su cámara amenazándola con un castigo, pero no llevó a efecto su amenaza porque la alemana y su marido tardaron poco tiempo en convertirse en amantes de la caprichosa señora.

Isabel de Baviera era muy aficionada a las danzas y a la música. En diferentes ocasiones organizó festivales en los que ella actuaba entre las artistas. Una vez dió una fiesta en la que todas las mujeres que interpretaban una danza debían ir provistas de un antifaz. Varias de ellas recibieron la indicación de mostrarse amables con determinados señores, los cuales, según estaba dispuesto, no tendrían más remedio que aceptar las declaraciones de las artistas y someterse a sus caprichos.

La reina, que también se había disfrazado, se dirigió a un diplomático inglés, hombre tímido que nunca había atendido sus insinuaciones. El británico se dejó conducir por la máscara con los ojos vendados, y cuando quiso quitarse la venda vió con sorpresa que se hallaba en el lecho de la reina, la cual reía de buena gana ante el asombro del tímido inglés. Este no debió quedar muy disgustado por cuanto que durante unos cuantos meses formó parte de los amigos más íntimos de Isabel.

Esta licenciosa señora no se recató lo más mínimo para la satisfacción de sus caprichos, y la corte toda era algo así como un inmenso prostíbulo. La vida de aquellos palaciegos podía compararse, sin exageración, a la existencia de algunos pueblos que aún siguen practicando el sistema del matrimonio en grupos y de las relaciones sexuales promiscuas. Al decir de un cronista de la época, resultaba imposible precisar quiénes eran los verdaderos matrimonios entre aquellas parejas que, tanto por deseo de recordar los tiempos clásicos como por desenfreno de las costumbres, se entregaban al amor en todas sus formas durante las suntuosas veladas que tenían lugar en los regios alcázares.

La célebre Ana Bolena, reina de Inglaterra y segunda mujer de Enrique VIII, un verdadero Landrú, pues tuvo la friolera de seis esposas legítimas, no se portó como cumple a una honesta dama. Varios aristócratas dieron en la grata labor de hacer cornudo al rey, el cual hacía lo posible por entregarse a la buena vida. Ana

Bolena traicionó a su marido porque él también la traicionaba, y Enrique VIII, en justa correspondencia, multiplicó el número de sus amantes. Fué un círculo vicioso del que el rey salió valiéndose de la guillotina, bajo cuya cuchilla cayó la testa de la alegre mujer, cuando ya el marido estaba harto de ella y de sus aventuras escandalosas.

Cien años más tarde vivió otra reina que también se llamó Ana, Ana de Austria, hija de Felipe III de España y esposa de Luis XIII de Francia. Esta señora no amaba a su marido, sino que mostraba su preferencia por la célebre María de Rohan, duquesa de Chevreuse, mujer intrigante que sobresalió en la política de aquel reinado, por lo que el ministro Richelieu se declaró su enemigo encarnizado.

Al mismo tiempo, la reina y la duquesa se entendían con la deliciosa madame de Longueville, la cual repartía su amor entre las dos mujeres y a la vez se dejaba querer del rey. Era un verdadero *ménage a quatre* en el que cada cual pretendía ser fiel a su amante, pues nadie se enteró, sino hasta después de mucho tiempo, de este verdadero lío cortesano, en el que tenían cabida todas las aberraciones de la sexualidad. Richelieu logró penetrar el secreto de tal rompecabezas, y al efecto se cobró «en carne» su importante silencio, lo mismo con la reina que con la Longueville, si bien no llegó a tanto con la Chevreuse, porque el odio verdaderamente sarraceno que profesaba a esta mujer era para su sexualidad como el más poderoso anafrodisíaco.

Otra pájara de cuenta fué Catalina de Médicis, bella y ardiente florentina, esposa de Enrique II de Francia, que dió al mundo a Francisco II, a Carlos IX y a Enrique III.

No puede decirse que Catalina no amase a su marido si nos atenemos al resultado de aquel matrimonio; pero se sabe, sí, que las ayas de Enrique III y demás servidumbre femenina, que habían sido reclutadas entre las más bellas y frescas mujeres de Italia, solían permanecer largas horas en la cámara de la reina entregadas a unos ejercicios que no eran piadosos precisamente.

Las púdicas damas de la corte, especialmente las de más edad, criticaron con acritud estas aficiones homosexuales de Catalina, si bien no podían quejarse de que la reina acaparase a los hombres, los cuales jamás fueron molestados por aquella verdadera fiera, causante de las matanzas de la Noche de San Bartolomé y constructora de las Tullerías.

Las mujeres del renacentismo italiano, especialmente las de la alta sociedad, gozaron de una situación privilegiada. Recibían una instrucción igual a la del hombre, hasta el punto de que muchas renunciaban al matrimonio con tal de dedicarse a los estudios. Puede decirse que todas estas damas tenían un carácter netamente masculino, como lo prueban los múltiples hechos de que fueron autoras muchas célebres aristócratas de la época.

Existen numerosos ejemplos de esta naturaleza por los cuales se ve que las actividades de la mujer no se limitaban a la dirección de los asuntos domésticos, ni renunciaban tampoco a las excelencias de la vida erótica, en lo que procuraban que se destacasen los rasgos de sensualidad.

Catalina Sforza se hizo célebre por su talento y por sus escándalos. Esta mujer, enamorada de su marido, cuando éste fué asesinado se entregó a una vida bastante irregular, pero no por el afán, seguramente, de satisfacer sus impulsos, sino con el fin de vengar la muerte de su marido, de lo que fueron culpables los famosos Borgias.

No cabe duda que Italia fué la patria de las cortesanas más célebres del Renacimiento, sin duda porque en este país ejercían la mayor influencia las tradiciones grecorromanas del clasicismo. En muchas partes de Italia las cortesanas alcanzaron la misma celebridad de las antiguas hetairas. Por esta razón, la situación de las cortesanas italianas tuvo una repercusión notable en la vida de los países civilizados. Las campañas italianas de Carlos VIII y de Francisco I, y muy particularmente la llegada de Catalina de Médicis a Francia, fueron la causa de que este país tuviese que sufrir la invasión de las mujeres galantes de Italia, que no eran vulgares prostitutas ni siquiera hetairas de humilde cuna, sino que se trataba de mujeres de la nobleza, aristócratas de rancio abolengo y damas muy distinguidas, que al copiar las costumbres del clasicismo por espíritu de la época, las difundieron en todos aquellos círculos en que fueron admitidas, ya que entonces no se medía la moral con el patrón del sexo, sino por la educación y el abolengo.

Llegaron incluso a constituir poco menos que una institución social. Su cultura, sus conocimientos de la política con todos sus misterios, los cuales penetraban en virtud de su amistad con los grandes hombres, y, sobre todo, su discreción para enterarse de aquello que pudiera importarles a sus fines, crearon en torno de ellas una atmósfera de simpatía y de admiración, a lo que había

que agregar las consideraciones de que los magnates les hacían objeto. Desde luego, más se parecían a las espías que a las hetairas griegas; pero es lo cierto que no se prescindía de ellas en ciertas reuniones y solemnidades, y muchas de ellas eran acompañadas por muy significadas dignidades de la Iglesia, que no consideraban deshonrosa su amistad con tan inteligentes mujeres, bellas, elegantes, distinguidas y graciosas como cumple a las meridionales morenas y ardientes.

Huelga decir que la semilla del renacentismo italiano encontró un campo magnífico donde fructificar en las costumbres y la moral francesas. La rehabilitación de la carne y su culto pagano florece entonces con la misma intensidad de los tiempos de Grecia y Roma, siguiendo las rutas que trazaron los licenciosos Borgias, de los cuales la célebre Lucrecia Borgia fué la que más se destacó en la adopción de las costumbres antiguas.

Por entonces triunfaron las cortesanas Camila de Pisa e Imperia, mujeres de cultura extraordinaria, que aunque opuestas en absoluto a las leyes eclesiásticas de la moral, se expresaban siempre en lengua latina, como los sacerdotes, lo que unos interpretaban como un signo de recia cultura y otros como un sarcasmo intolerable.

Hubo otra no menos famosa, llamada Tullia d'Aragona. Un autor, refiriéndose a esta mujer, dice: «La figura más distinguida por todos conceptos entre las cortesanas fué, indudablemente, la de Tullia d'Aragona. Fué, a juicio de muchos, hija del cardenal Aragona (vástago ilegítimo de la real familia española) y de una cortesana ferraresa, que era su querida. Tullia logró fama envidiable por sus versos, siendo su mejor soneto el que dedicó a un joven de veinte años, a quien amaba tiernamente y que no correspondía a su cariño. Su *Guerrino Meschino*, traducido del español, es un trabajo de puro y elegante estilo. Era mujer de refinados instintos y elevadas aspiraciones, y por espacio de algún tiempo abandonó su vida de prostitución. Era tenida en gran estima y universal respeto. Cuando, en el año 1546, Cósimo, duque de Florencia, dió orden de que todas las prostitutas llevasen un pañuelo o velo amarillo como distintivo público de su profesión, Tullia apeló a la duquesa, señora española de alto rango, y obtuvo dispensa del edicto a causa de su «rara ciencia de poesía y filosofía». Dedicó entonces, en agradecimiento, su *Rime* a la duquesa. Tullia era mujer de extraordinaria belleza, de cabellos rubios y ojos grandes y expresivos, que dominaban a cuantas personas se acercaban a ella. Tenía una figura regia e inspiraba general respeto.» (Biagi, «Una hetaira romana».)

Otra contemporánea de la anterior, quizá el mejor ejemplo y acabado tipo de cortesana renacentista, fué Verónica Franco, que nació en Venecia en el año 1546, de familia de mediana posición, y que se casó muy joven con un médico de dicha ciudad.

Arturo Graf ha estudiado con detalle la vida de esta célebre mujer de historia, que a pesar de todo era una gran dama de sus tiempos. «De ella se dice—afirma Graf—que siendo de oficio prostituta, era, por sus aficiones, inspirada poetisa. Tenía una cultura nada común, y hablaba varios idiomas, cantaba además con gran perfección y tocaba varios instrumentos. En una de sus cartas aconseja a un joven, que estaba locamente prendado de ella, que si desea obtener sus favores deje de importunarla y se dedique seriamente al estudio. «Sabéis bien—le dice—que todos los que han logrado mi cariño, y que me son queridos, se esfuerzan en adquirir grandes conocimientos y en disciplinar fuertemente su mente y su espíritu... Si mi fortuna me lo permitiese, me dedicaría a pasar lo que me resta de vida tranquilamente en las academias de hombres virtuosos.» Las Diótimas y Aspasias de la antigüedad, observa Graf, no hubieran exigido tanto a sus amantes. En sus poemas puede trazarse la historia de algunos de sus amores, y a veces en ellos se muestra loca de celos ante la idea de que otra mujer pueda acercarse a su amado. En una ocasión se enamoró perdidamente de un eclesiástico, tal vez obispo, con el que no logró tener relaciones, y tras una larga ausencia, en la que quedó curada de su pasión, se estableció entre ambos una buena y sincera amistad. Enrique III de Francia la visitó, y luego la pidió su retrato, prometiéndole ella, por su parte, al despedirse, que dedicaría un libro a su regio admirador. Cumplió su palabra, dedicándole unos sonetos y una extensa carta, y "ni el rey, dice Graf, se avergonzaba de su íntima amistad con una cortesana, ni ésta sospechó jamás que nadie pudiera avergonzarse de ella.»

»Cuando Montaigne pasó por Venecia, Verónica le envió un librito con una composición suya, pero, por lo visto, no llegaron jamás a conocerse. Tintoretto fué uno de los muchos amigos de esta inteligente mujer, admiradora entusiasta del arte moderno. Sus amistades solían ser duraderas y en extremo afectuosas, y, según parece, contó entre sus íntimas a varias señoras de alta alcurnia y posición. Sin embargo, tan lejos estaba de avergonzarse de su

profesión de cortesana, que en un poema afirma que Apolo la enseñó otras artes, a más de las que generalmente enseña a los mortales.

»Según el catálogo en donde se hallan apuntados los precios generales de las cortesanas venecianas, Verónica sólo cobraba dos escudos por sus favores, mientras que la cortesana a quien está dedicado dicho documento cobraba 25 escudos.

»En el año 1580 (cuando apenas contaba treinta y cuatro años), Verónica confesó al Santo Oficio que había tenido seis hijos. En ese mismo año formó el proyecto de fundar una casa que, sin ser monasterio, sirviera de albergue a las prostitutas que desearan abandonar su agitada vida y refugiarse en un lugar tranquilo, solas con sus hijos, las que los tuvieran. Este plan condujo más tarde a la apertura de una Casa del Soccorso. En el año 1591, Verónica murió de unas fiebres, reconciliada con Dios y bendecida por los desventurados. Fué mujer de un gran corazón y una poderosa inteligencia, y fué la última de las grandes cortesanas del Renacimiento que supieron encarnar el hetairismo griego. Aun en la Venecia del siglo XVI, sin embargo, Verónica Franco no logró disfrutar en paz los goces de su profesión. No era, sin duda alguna, mujer que se hubiera adaptado a un matrimonio común y corriente; pero en las condiciones más favorables que la sociedad hubiera concedido a la prostitución, cabe dudar si tan agitada y voluptuosa vida hubiera podido satisfacer por completo a una mujer de gran mentalidad y apasionado corazón.» (Graf, «A través del siglo XV».)

Un investigador de las vidas de estas mujeres excepcionales se refiere a un ensayo a la existencia amorosa de una célebre mujer de historia: Ninón de Lenclos, llamada «la última de las grandes cortesanas», y que según el cual es, según parece, una excepción a esa regla general, según la cual ninguna mujer de inteligencia, de carácter y de corazón puede ser feliz dedicándose a la prostitución.

«Ninón de Lenclos—dice—nació a principios del siglo XVII, de buena familia por ambos lados; su padre, caballero de Touraine, la inculcó, además de un profundo amor a la música, una filosofía epicúrea, que él mismo practicaba. Estaba, además, perfectamente educada, y a la edad de dieciséis años contrajo relaciones con su primer amante, el noble y valiente Gaspard de Coligny, a que luego siguieron, durante medio siglo, otros muchos; en ocasiones tuvo más de uno a la vez, siendo de tres años el período más largo que logró guardar fidelidad a un mismo amante. Sus atractivos personales duraron tantos años, que, según cuentan sus biógrafos, tuvo, entre sus amantes, a tres generaciones sucesivas de los Sévignés. Tallemant des Réaux nos permite estudiar al detalle la historia de sus *liaisons*.

"No es, sin embargo, el número de amantes lo que prostituye a una mujer, sino la clase de relaciones que con ellos sostiene. Saint-Beuve, en un estudio admirable de Ninón de Lenclos, la llama cortesana. Pero no se puede ni se debe decir que una mujer es una prostituta si no hace uso de los hombres para fines puramente mercantiles y como fuentes de ingreso pecuniarios; y no sólo no hay tal evidencia en la vida de Ninón de Lenclos, sino que todo lo que de ella se sabe desmiente categóricamente tamaña afirmación. «Era preciso mucho tacto y mucha delicadeza—dice Voltaire—, y mucho cariño también por parte de sus amantes, para conseguir que aceptara el más insignificante presente.» Cierto que Tallemant asegura que en ocasiones aceptó dinero de sus amantes; pero esta afirmación no implica más de lo que se encierra en la observación de Voltaire, y, en todo caso, la charla de Tallemant, siendo siempre amena y, por lo general, bien informada, no es de una indiscutible veracidad. Por lo demás, todos los biógrafos alaban unánimemente su extraño desprendimiento y generosidad. (Lámina VI.)

»Cuando leemos alguna anécdota de Ninón de Lenclos relacionada con asuntos pecuniarios, no es, por lo general, que recibía dinero, sino que pagaba una deuda a algún antiguo amante, o que devolvía sumas que le habían sido confiadas por algún admirador olvidado ya. Y estos incidentes no bastan para calificarla de prostituta: más bien es lo que podría suceder entre hombres y amigos, y Ninón de Lenclos, sin ser en modo alguno una mujer perfecta, tenía muchas de las buenas cualidades que, por lo general, adornan a los hombres, sobre todo, la de honradez, y siendo su temperamento esencialmente femenino, detestó, sin embargo, la hipocresía y el disimulo, y jamás se dejó influir por interés material de ningún género. Era, además, en extremo impulsiva, atolondrada y derrochadora; pero ejerció siempre una gran templanza en las comidas, y según cuentan, no probaba el vino. Fué, como dice Saint-Beuve, la primera mujer que se atrevió a opinar que las virtudes debieran ser las mismas para hombres y mujeres, y que es

un absurdo reducir a una sola las virtudes femeninas. «Nuestro sexo ha sido gravado con demasiadas frivolidades—escribía—, y los hombres se han reservado para sí las cualidades esenciales; por lo tanto, yo me declaro hombre.» Consciente o inconscientemente, llegó a representar una nueva teoría del feminismo, precisamente en la época—como se ve en las novelas escritas por mujeres de aquel tiempo—en que empezaban a surgir nuevas ideas en el mundo femenino. Fué la primera y, desde un punto de vista, la más avanzada representación de un pequeño grupo de mujeres distinguidas, de las que sobresale, por su espléndida personalidad, la novelista Jorge Sand.

»Es, pues, inútil tratar de incluir el nombre de Ninón de Lenclos en la historia universal de la prostitución. Ninguna vieja y licenciosa prostituta hubiera logrado, como Ninón, al final de su vida, retener y conquistar el cariño y la estimación de los hombres y de las mujeres más distinguidas de su tiempo; el mismo Saint-Simon, a pesar de su austeridad, reconoció que en la pequeña corte de Ninón imperaba una dignidad y un decoro cual no lograron alcanzar las más poderosas princesas de la época. No fué una prostituta: fué una mujer de extraordinaria personalidad, y con una vena de genialidad que la hacía irresistible, que no ha habido quien la imite, es indudable, y en cierto modo, tranquilizador. Ya en su vejez, en el año 1699, su viejo amigo y antiguo amante Saint-Evremond, la escribió que muchas princesas, y no pocas santas, dejarían gustosas sus palacios y sus claustros por ocupar el puesto que tan bellamente desempeñaba. «Si hubiera sabido lo que había de ser mi vida—dicen que contestó—, me hubiera ahorcado mil veces.» Pero esta frase es de creer que fué pronunciada en un momento de tristeza pasajera; más característico de Ninón fué aquella otra en la que toda su filosofía epicúrea parece que se adelanta y extiende hacia la que más tarde había de exponernos y enseñarnos Nietzsche: «La alegría del espíritu es el signo de la fuerza.»

Tales fueron, a grandes rasgos, los episodios más importantes de la más famosa de las mujeres de historia del Renacimiento, y a la que es imposible que puedan imitar las modernas hetairas, porque el desinterés no es más que un recuerdo histórico en los tiempos que corren.

LA POMPADOUR Y SU EPOCA

El origen de la Pompadour.—Cómo la conoció Luis XV.—Sus primeras entrevistas.—El marido de la Normant d'Etiolles.—La presentación en la corte.—Un gesto del Delfín.—La frigidez sexual de la favorita.—Su enfermedad venérea.—La Du Barry.—El burdel de madame Gourdan.—La especialidad de la casa.—Cómo vivió la Du Barry.—Los comienzos de la Revolución.—Catalina de Rusia.—Sus perversiones sexuales.

El renacentismo tuvo el mismo fin que la época clásica. Ambas se caracterizaron por la opresión de los tiranos, por la falta de democracia, por la vida licenciosa de los magnates. En Grecia y Roma, fué el Cristianismo, y en Europa entera, la Revolución francesa los grandes acontecimientos históricos que indicaron a los magnates que la felicidad de los pueblos no está en los placeres de sus gobernantes.

Los siglos XVII y XVIII fueron pródigos en inquietudes políticas y en sucesos graves para la tranquilidad de las dinastías. El paralelismo que se advierte entre el clasicismo y el renacentismo es de tal identidad, que *grosso modo* puede decirse que los mismos acontecimientos tuvieron iguales orígenes y semejantes resultados.

En el siglo XVIII sube al trono de Francia Luis XV, «el rey más pervertido que tuvo Francia», como dice un historiador, del que también se asegura que «era Príapo en persona».

Es durante el reinado de este monarca borbónico, enfermo de sífilis, cuando en el retablo galante de la Europa cortesana aparecen las dos figuras principales: la Pompadour y la Du Barry, las dos queridas oficiales de Luis XV.

La Pompadour no se llamó así hasta que el monarca no le otorgó el título de marquesa, condición imprescindible para entrar en la corte famosa de Versalles. Primero se llamó Juana Antonieta

Poisson, a secas. Su padre fué un sinvergüenza, hijo de un aldeano, que se hizo rico haciendo suministros a las tropas que defendían París en 1725. El señor Poisson robó de tal forma, que el intendente general Fagón le condenó a la horca, de la que se libró por huir a Alemania, de donde pudo regresar después de haber restituído al Tesoro cerca de medio millón de libras.

Juana Antonieta se llamó la señora Normant d'Etiolles cuando contrajo matrimonio con un ricacho, boda que arregló madame Poisson, la madre de Juana Antonieta, mujer muy dada a la cartomancia y que había previsto un esplendoroso porvenir para su hija.

La muchacha era muy bella y muy honesta; tanto, que cuando algún hombre la galanteaba, solía decir: "No engañaré a mi marido con nadie, a no ser, quizá, con el rey". Y se salió con la suya. (Lámina VII.)

El conocimiento del monarca con esta deliciosa criatura, que tales propósitos de fidelidad abrigaba, pero que resultaron completamente fallidos, se debió a la influencia de su ayuda de cámara, un tal Binet, primo de Juana Antonieta, la cual ya se había hecho visible al rey durante los paseos que éste daba en Senart. Binet solicitó del monarca que concediera un empleo al marido de su prima, "ya que tal era el deseo de ella". El ayuda de cámara insistió tanto en encomiar las dotes de belleza e inteligencia de madame d'Etiolles, que Luis XV la recibió en los reservados de su palacio de Versalles, en el famoso «parque de los Ciervos», que es donde el augusto sujeto tenía su «picadero».

La entrevista tuvo lugar con motivo de un baile de disfraces, magnífico pretexto que ha servido siempre de maravillosa circunstancia para el mejor desarrollo de estos trapicheos. No obstante, algunos cronistas de la época dicen que la fecha exacta y el lugar de la primera entrevista permanecen inciertos. «Si ha de creerse a Richelieu—dice Marcelle Tinayre—, fué Binet quien introdujo a su prima en los reservados, donde cenó sola con el rey. Otros pretenden que Luis XV, de incógnito, la visitó en la casa de la calle Croix-des-Petits-Champs. El 10 de marzo, el buen duque de Luynes, el fiel amigo de la reina, hace observar que «los bailes de máscaras han dado ocasión para hablar de los nuevos amores del rey, y principalmente de cierta madame d'Etiolles, que es joven y bonita.»

Estos hechos no produjeron demasiada inquietud entre los cor-

tesanos, ya que no se creía que pasasen de ser las consecuencias dt un galanteo sin llegar al extremo de tratarse de las relaciones con una favorita, si bien el monarca estaba sin ella desde la muerte de la duquesa de Chateauroux.

Las damas de la corte andaban tras de ese cargo como los perros tras de una perra en celo. Claro está que no era la belleza del monarca lo que interesaba a estas damas y a sus esposos, sino las ventajas que entonces llevaba consigo el elevado puesto de favorita real.

Mas este estado de cosas tuvo un desenlace inesperado. En los primeros días de abril tuvo lugar una fiesta teatral en la Comedia Italiana, a la que acudieron todos los palaciegos. El palco regio estaba ocupado por los monarcas, y en otro reservado, inmediato a aquél, apareció madame d'Etiolles, «muy elegante y muy bella». Los espectadores sólo se atrevían a mirar discretamente a la favorita, no por falta de deseos de hacerlo con el mayor descaro, sino porque la mirada inquisitorial de Luis XV procuraba adivinar en sus cortesanos el efecto que causaba la presentación «casi oficial» de la favorita. Así es cómo el nuncio de Su Santidad, monseñor Durini, escribe al cardenal Valenti que reina una gran agitación en la corte «porque el rey, poseído de un amor loco por madame d'Etiolles, pone mala cara a todos los que sospecha que condenan su pasión».

Cuando no hay dudas de que la bellísima y plebeya Juana Antonieta Poisson ha trastornado el seso y el sexo del monarca, empiezan las intrigas de los palatinos, especialmente de las damas candidatas a los favores sexuales a perpetuidad del rey, que no parece hacerles gran caso a pesar de sus apellidos y blasones. «En estos primeros tiempos—dice un cronista—, confusos e intranquilos de sus relaciones, va tanteando el terreno que pisa con una prudencia de gata. Sabe que el rey, muy enamorado, muy sujeto sensualmente, rehuye el comprometer el porvenir; que vive con su amante al día, decidido a romper en cuanto se sienta saciado, y que ya ha tratado de recobrarse. ¿Una ruptura? No; una ofensiva astuta, muy propia de su carácter disimulado. Pero si Luis XV pudiera separarse de ella, volvería a unirse, sólo por espíritu de contradicción, al ver que se la disputan. El «partido devoto», dirigido por Boyer, obispo de Mirepoix, se agita en torno a la reina y Delfín para contrarrestar el peligro que presienten, e intimidan a Binet, a quien hacen responsable del escándalo.

»Basta que Binet, amenazado por el obispo, trate de salvar su puesto yendo a quejarse al rey. El suspicaz orgullo de Luis XV servirá, mejor que su amor, los designios de madame d'Etiolles. Puesto que pretenden separarla de él, él la recibirá con más frecuencia en sus reservados. Pronto vivirá oculta, salvo para los íntimos que asisten a sus cenas, bajo la protección del amo. En este momento la astuta joven arriesga la suprema partida. Ella, tan dulce, tan alegre, tan humildemente plegada al humor del rey, siempre dispuesta a divertirle con canciones y cuentos, parece languidecer; llora sin ocultarse, y hasta en los brazos del rey la mortifica un pensamiento triste... Luis XV la interroga: ¿Qué teme?... Hace, primero, algunos mohínes, y luego confiesa el tremendo pavor que le causa su marido, monsieur Le Normant d'Etiolles... Bien es verdad que no está en París... Un amigo complaciente lo ha invitado a pasar las fiestas de Pascuas en su castillo de Magnanville; pero antes de marchar debió sospechar algo, y cuando vuelva, ¿qué hará?... Juana Antonieta representa superiormente el papel de la mujer que quiere excitar los celos de un hombre para llevarlo más lejos de lo que él quiere ir. Pinta al excelente monsieur d'Etiolles como un segundo Barba Azul, que la recobrará de grado o por fuerza, y la matará, sin duda.

»No necesita más para espolear la pasión del rey, que no admite rivales, y madame d'Etiolles consigue la promesa de la «declaración» que la igualará a madames de Mailly, Vintimille y Chateauroux, una especie de funcionaria real del amor, una «gran oficiala de la Corona».

La comedia se desarrolló normalmente, aunque en realidad el marido de Juana Antonieta, enamorado de ella y padre de su hija, no se resignaba a perder a la que tanto amara. El infeliz intentó suicidarse de desesperación. Después escribió a su esposa una carta apasionada, en la que le decía que sabiendo de antemano que el rey era un rival con el que no podía competir, apelaba a su alma de madre y de esposa siempre amada para que volviera al hogar que abandonó. La carta era una protesta de amor apasionado y de infinita amargura, y la d'Etiolles, imaginando que el amor de su marido avivaría el del amante, entregó a Luis XV la carta. Leyóla el monarca detenidamente, y devolviéndosela con frialdad, repuso:

—Vuestro esposo, señora, a más de un caballero, es un hombre honrado.

No obstante, tan «honrado marido», que desempeñaba un cargo oficial, fué designado para desempeñar una inspección muy lejos de París, lo que le obligaba a no abandonar el distrito y, por lo tanto, a permanecer alejado del ambiente palaciego, tan lleno de mortificaciones para su vida.

No obstante, los amores del rey con Juana Antonieta no podían hacerse públicos, mientras ella llevase el nombre burgués de Normant d'Etiolles. Por eso fué preciso al monarca otorgarle un título nobiliario, ya que sin esta condición sería imposible su entrada en la corte. Al efecto, un decreto del soberano lavó la mancha plebeya de la d'Etiolles, dándola el nombre de Pompadour, título comprado al heredero de una familia extinguida. Desde entonces se llamó marquesa de Pompadour y fué dueña de muy vastos dominios que los poseedores del título tenían en el Limousin.

Pero faltaba algo muy importante en el protocolo de la época: la presentación de la marquesa a la reina, lo cual había de hacer una aristócrata de rancio abolengo. Y esto no dejó de ofrecer ciertas dificultades, porque entre todas aquellas orgullosas damas no había una sola que quisiese ser la madrina de la antigua señorita Poisson.

Mientras tanto, el adulador Voltaire, protegido del rey y de la Pompadour, compuso numerosos poemas en honor de la nueva aristócrata, con el fin de contribuir con su inteligencia y su prestigio en la corte a crear un ambiente favorable a la querida de Luis XV.

La princesa de Conti, cuya moral se parecía bastante a la del filósofo, se encargó de presentar a la reina a la nueva marquesa. Un cronista describe así aquel importante acto de corte: "La ceremonia de «presentación» exigía un ritual complicado, que era preciso estudiar como una comedia o como un baile antes de representarlo, en el peligroso escenario de Versalles. Madame de Pompadour, bailarina y hábil comediante, no se sentía cohibida por las reverencias que tuviera que hacer, y por instinto conocía la forma de andar con traje de corte y echar hacia atrás con el pie la inmensa cola postiza, llamada «bajos del vestido». Otros cuidados la preocupaban: sabía que el acontecimiento era el tema de conversación de todo París, y que ya se conocía el diálogo que había de sostener con la reina; sabía que sus menores gestos, sus entonaciones, su rubor o su palidez serían espiados y comentados. Para los amigos devotos de la reina y el Delfín, para las rivales despojadas, para los favoritos envidiosos, los ministros inquietos,

para todos en fin, ¡qué gozo si la nueva marquesa de Pompadour dejaba de entrever algún rasgo de madamoiselle Poisson! Cierto que muchas personas esperaban aún que la burguesita se equivocara o diera algún paso en falso, perdiéndose por el ridículo. Pero había ensayado tan bien su papel, que se hallaba segura de sí misma, cuando el martes, 14 de septiembre, apareció en las habitaciones del rey. La antecámara y la cámara se hallaban ocupadas por una prodigiosa multitud. La princesa de Conti, seguida de su dama de honor, de madamoiselle de Lachau-Montauban y de madame d'Estrades, presentada la víspera, conducía a la heroína del día, magníficamente vestida y engalanada. El enorme miriñaque, la larga cola, que hacía más pesado el traje de brocado, no embarazaban su noble andar; su cabecita empolvada, resplandecía de piedras preciosas, su hermosa garganta, sus bellos brazos de tonos nacarados, en su semidesnudez de gala, desafiaba las críticas envidiosas. Hizo una reverencia a la puerta del rey, otra en medio de la habitación y una tercera cerca de Luis XV, el cual, ruborizándose y más azarado que su amante, murmuró algunas palabras entrecortadas; pero se acercaba el momento difícil. Después del rey, la reina debía recibir el homenaje de madame de Pompadour. Atravesando una multitud apiñada y hostil, la marquesa y su cortejo llegaron al salón de María Leczinska. Verificadas las tres reverencias, y habiendo desenguantado su mano diestra, y hecho el ademán de tomar la falda de la reina para besarla, ésta retiró dulcemente su falda, según costumbre establecida en la corte de Francia; y la marquesa, al levantar su cabeza, vió por primera vez de cerca a la esposa de Luis XV. No existía cólera, ni apenas melancolía en aquel rostro resignado, que la felicidad, en otro tiempo, hizo encantador—con su naricilla incorrecta, sus ojos escrutadores y su boca maliciosa—, y que ahora aparecía marchito por las lágrimas. A los cuarenta y dos años, María Leczinska tenía todo el aspecto de una anciana; ya no se ponía carmín en las mejillas y se tocaba con una cofia de encaje negro. No era una rival; apenas si era una mujer; pero el alma más bella que existía en la corte, y sobre todo era la reina. Madame de Pompadour, llena de respeto, esperó que la hablara. ¡Unas palabras solamente! Un cumplimiento banal sobre su vestido, como hacen las mujeres que no tienen qué decir; pero la reina tenía ingenio, quiso defraudar a las personas que ya habían «arreglado» la conversación; pidió a la marquesa noticias sobre madame de Saissac,

a quien conoció en París. Madame de Pompadour comprendió la benévola intención, y más conmovida que por una acogida glacial, murmuró:

—Tengo, señora, el más ardiente deseo de seros agradable.

»El duque de Luynes, testigo de la escena, dice que la reina se mostró satisfecha del discurso de madame de Pompadour. El público, «atento a las menores circunstancias de esta entrevista», pretendió que había sido larga, ya «que se compuso de doce frases.

»Había en aquella actitud de la reina una voluntad de sumisión y de resignación cristianas; pero quizá también existía ocultamente el placer de un desquite sobre las antiguas amantes del rey, y, sobre todo, sobre la primera, aquella madame de Mailly, que fué para María Leczinska una rival—la única rival detestada—, la que le robó el corazón del rey; las demás nada habían quitado a la reina, puesto que ya todo lo había perdido. La esposa abandonada había sufrido por su triunfo insolente; pero la herida incurable fué madame de Mailly quien la causó. Una nueva mujer aparecía que desviaba al rey de su recuerdo; una mujer que desde el primer momento de su favor afectaba el mayor respeto hacia la reina, y—¡cosa más extraña!—¡no era enemiga suya! ¡Misterios del corazón femenino! La escandalosa elección del rey —¡escandalosa para toda la nobleza!—casi tranquilizaba a la reina por la enorme distancia que separaba a «la pequeña d'Etiolles» de la esposa coronada, y que ninguna comparación permitía entre ellas.

"Estos sentimientos de la reina, ignorados de los cortesanos y quizá de ella misma, se revelaron en el primer encuentro y jamás se desmintieron. El Delfín no tenía las mismas razones para ser indulgente; bien lo demostró acogiendo a la nueva presentada con un rostro glacial. Obligado por la etiqueta a darla el espaldarazo uniendo sus mejillas, la sacó la lengua, como en otra ocasión hizo en un baile a madame Chateauroux. Al saber el rey esa acción descortés, en castigo envió a su hijo a Meudón. El joven príncipe, en aquel destierro de algunos días, tuvo ocasión de profundizar su odio y su desprecio por aquella criatura de pecado, cuya sola presencia en la corte ofendía a su madre y ponía en mortal peligro el alma del rey.» (Marcelle Tinayre, *La Pompadour*).

Una vez hecha la presentación oficial en la corte, el rey no

tenía que temer a las murmuraciones y, por lo tanto, quedaba en libertad para frecuentar a su amante, la cual se instaló en los pisos altos del palacio de Versalles. El retiro de la favorita constaba de una antecámara, una cámara, un comedor agrandado por una alcoba y seguido de una habitación para el servicio de mesa, amueblado todo con el lujo característico de la época.

Los amantes permanecían juntos casi todo el día, pero a la caída de la tarde el rey se retiraba a sus habitaciones de palacio.

Y no era tarea fácil para la Pompadour, mujer de limitadas dotes intelectuales, distraer constantemente el tedio de su amante, que parecía en él una enfermedad crónica incurable. Entonces comprendió que no es lo más difícil conquistar a un amante, sino retenerle. La mayor dificultad logró vencerla la marquesa a fuerza de ingeniosidades, de un continuo estudiar las costumbres de su regio enamorado.

Luis XV, a pesar de todo, no era un hombre de gran temperamento erótico por propia naturaleza, sino que había llegado a tales extremos por el afán de distraerse, de encontrar nuevos alicientes en su vida llena de hastío. Y por si esto fuera poco, la Pompadour era una mujer frígida que apenas se excitaba con las caricias de su regio amante, el cual se veía precisado a recurrir a ciertas perversiones con el fin de despertar en ella las sensaciones que necesitaba su propia naturaleza psíquica para disfrutar de los placeres amorosos. Una camarera muy adicta a la marquesa, madame de Hausset, tuvo ocasión de presenciar muchas escenas demasiado íntimas entre los amantes, ya que éstos la miraban «como a un perro o un gato». Esta dama escribió sus memorias, en las que dice que "la señora era fría para el amor hasta el exceso» y que trató de despertar su naturaleza soñolienta tomando «chocolate perfumado con triple vainilla, trufas y menestras de apio». Se dice que tanto quiso modificar su temperamento, que recurría a toda clase de alimentos excitantes, lo que la produjo males de estómago y otros trastornos. Una de sus amigas más íntimas la hizo ver la inutilidad de aquel régimen que tanto perjudicaba a su salud. A esto repuso la Pompadour:

—Querida amiga, tiemblo ante la idea de perder el corazón del rey al dejar de gustarle. Los hombres, como usted debe saber, dan mucha importancia a ciertas cosas, y yo tengo la desgracia de ser de un temperamento muy frío...

Y llorando añadió:



LA POMPADOUR

Fué la amante de Luis XV durante veinte años. Gran protectora de los artistas e inventores, logró animar la vida tediosa de aquel Borbón que hundió el trono de Francia



TERESA CABARRUS
Fué esposa de un marqués, de Tallien el convencional, del príncipe de Caraman-Chimay, amante de muchos personajes y española de nacimiento

LAMINA VIII

—¿Sabéis lo que me ha ocurrido hace ocho días? Pues que el rey, con el pretexto de que hacía calor, se acostó en mi sofá y pasó allí la mitad de la noche. Acabará por cansarse de mí y tomará a otra.

—No conseguiréis evitarlo — respondió su confidente, que era madame Brancas—siguiendo ese régimen, que acabará con vuestra vida. Haced al rey vuestra sociedad cada vez más agradable por vuestra dulzura; no lo rechacéis en otros momentos y dejad que el tiempo haga su obra. Las cadenas de la costumbre os ligarán al rey para siempre.

La Pompadour hizo todo lo posible por atar a su regio amante sea como fuere. El monarca, no obstante, como dice un historiador, «se irritaba de poseer a una mujer con sangre de horchata», pero a pesar de ello siempre encontraba en la marquesa un encanto nuevo. Ella se esforzaba muchas veces por aparentar un estado de ánimo que no venía de acuerdo con su naturaleza.

Ella no se lamentaba, sino que todo su afán consistía en renovar todos los días sus atractivos y sus encantos, hasta que el rey aseguró a sus íntimos que «jamás había conocido a una mujer más original ni encantadora». Esto lo decía al cabo de algunos años de relaciones, lo que era prueba de que el rey no se sentía hastiado de aquello que tanto temía la Pompadour. «Cuando el rey sube «al departamento de arriba»—dice un cronista—, una mujer que siempre le parece nueva, le recibe siempre con un mismo rostro. Es la misma de siempre, que tan bien conoce, y sin embargo, es siempre distinta; jardinera tocada con enorme sombrero de paja, sultana de ancho calzón de seda recamada y vesta cerrada, de ancho escote, gran dama de porte majestuoso, joven, viva y alegre y espiritual narradora de historias. De todo lo que tanto la diferencia de las damas de la corte, de todo lo que hubiera podido ser la causa de su perdición, ha hecho los elementos secretos de su poder. ¡Ha visto tantas gentes y tantas cosas de las que Luis XV apenas sospecha la existencia! ¡Se halla tan desligada de los prejuicios que preocupan a las duquesas!, con su talento de música y pintora, su exquisita elegancia, su arte de conversadora aprendido en la escuela de Voltaire y de Fontelle, esta inteligente advenediza posee todos los rasgos característicos de la parisiense de raza, que puede nacer en el barro y elevarse hasta las gradas de un trono. Adaptada a todas las situaciones, doblegada a todas las circunstancias, capaz de ser, si es preciso, una enamorada, una

artista, una mujer política, una cortesana y hasta una honrada madre de familia; pero siempre, y ante todo, una mujer deseosa de agradar, y que agrada.»

A pesar de todo, el rey no podía contentarse con una sola mujer. El famoso Parque de los Ciervos, de Versalles, estaba casi siempre ocupado por alguna pensionista. Era un «picadero» en el que Luis XV se hacía pasar por un aristócrata polaco ante las jovencitas, que eran su especialidad al iniciarse el ocaso de su vida sexual, convirtiéndose en lo que se llama un "viejo verde".

La Pompadour tuvo noticias de todos estos devaneos, pero no se inquietó demasiado, por la razón sencilla de que tampoco amaba demasiado al monarca. Le interesaba únicamente seguir siendo la favorita real, y esto lo había conseguido. Tampoco le importaba demasiado que el rey tuviera hijos con aquellas mujeres, todas plebeyas y algunas de humildísima condición social. Pero los hijos recibían pensiones y honores sin que se supiese que aquel conde polaco era en realidad el rey de Francia.

Al mismo tiempo, las intrigas de las demás damas de la corte que aspiraban a los favores reales, ya que la Pompadour llevaba casi diez años de privanza, amargaron bastante la vida de la marquesa, la cual, por si esto fuera poco, se hallaba afectada de una enfermedad venérea que unos dicen que era blenorragia, otros sífilis y algunos leucorrea, conocida también con el nombre de flujo blanco o flores blancas.

Maurepás, un ministro del rey que profesaba a la Pompadour un odio a muerte, compuso una cuarteta terrible, inspirada en la enfermedad «secreta» de la favorita y en el hecho de que una noche, al final de la cena, la Pompadour deshojó a los pies del rey un ramo de jacintos blancos. Y la cuarteta, traducida al español, decía:

«Por vuestras maneras, nobles y francas
iris, encantáis los corazones.
A nuestro paso sembráis flores;
pero no son más que flores blancas.»

Esto le costó al ministro un destierro de veinticinco años y la pérdida de muchos privilegios.

A pesar de toda... intrigas de los partidarios, no sólo de la reina, sino de la dign... de Francia, la Pompadour se resistió en su puesto haciendo y deshaciendo en los negocios del Estado. La protección que desde los comienzos de su «reinado» prestó a los

intelectuales y artistas, valió a la marquesa de mucho, pues una parte de la opinión se inclinó del lado de sus intereses. Toda esta lucha, en la que la Pompadour salía siempre vencedora, aunque sus victorias no pudieran considerarse completamente definitivas, duró casi diez años más. Maurepás, Richelieu, el conde d'Argenson y otros significados personajes de la época, no ocultaron nunca su odio a la favorita, la cual devolvía estos desdenes en la misma moneda. Pasquines, canciones y versos de la más mordaz y baja estofa se leían y escuchaban por las calles de París.

Los actos cometidos «por razones de Estado» que al rey o a sus ministros inspiraba la marquesa, siempre entrometida y dominadora, crearon en su torno un ambiente de antipatías que tenían su razón de ser en las evidentes injusticias que aquellos hechos representaban. Los artistas y la burguesía eran del partido de la marquesa; pero bien poco era aquello contra el poder de la aristocracia por un lado y el del pueblo por otro, que ya estaba harto de escándalos e inmoralidades.

En 1764, cuando contaba cuarenta y tres años de edad, una afección de pecho agravó la enfermedad del corazón que padecía. Esta circunstancia fué aprovechada por sus enemigos para recrudecer los ataques contra la marquesa, a la que consideraban como única culpable de los desastres que sufrió Francia bajo el reinado del «Muy Amado» Luis XV.

Experimentó una ligera mejoría en su enfermedad, pero unos días más tarde volvió a agravarse de tal forma, que el rey le aconsejó que llamara a un sacerdote. En la noche del 14 al 15 de abril de 1764 se preparó para ponerse a bien con Dios, y después de hacer llamar a su marido, que pretextando una enfermedad se negó a asistir a la cita al borde del sepulcro, falleció siendo las siete de la tarde del Domingo de Ramos, días desapacible y lluvioso de una primavera rezagada.

Según una ley inquebrantable, ningún cadáver podía permanecer de noche en el castillo, por lo que el cuerpo de la Pompadour fué trasladado a su casa. Unos cronistas dicen que el rey se apenó mucho ante la muerte de la que había sido su querida durante veinte años, y otros dicen que no debió sentir mucho el suceso, pues cuando vió sacar el cadáver desde una ventana del palacio, como lloviera, dijo a uno de sus ayudantes:

—La marquesa no tiene muy buen tiempo en su último viaje.

Los parisienses no sintieron la muerte de la favorita, cuya no-

ticia corrió como un reguero de pólvora inflamada. Uno de los muchos epitafios que se leyeron en pasquines, fué este: «Epitafio de la señora Juana Poisson (la palabra *poisson* es «pescado». Aquí yace la reina Pez, que chupó lirios con exceso (alude a los lises de los Borbones). No es de extrañar que muriese de flores blancas.»

El odio que la mayor parte de Francia tenía a la marquesa, al menos la Francia conservadora, estaba justificado. En Versalles nadie se acordaba de ella al día siguiente de su muerte, y las mismas personas que antes se habían sometido a su influencia lo hicieron por temor a las resoluciones del rey, que ella inspiraba tan fríamente.

Durante cinco años, de 1764 a 1769, el rey estuvo sin querida oficial. Hasta que surgió la Du Barry, que sobre poco más o menos intrigó lo mismo que su antecesora, interviniendo en los negocios públicos con la misma autoridad que un ministro.

Esta mujer no se llamaba más que Juana Becu, y su origen era mucho menos noble que el de la Pompadour, y su vida anterior a la privanza infinitamente más escandalosa, puesto que Luis XV la halló en el célebre burdel de madame Gourdan, situado en la rue des Deux-Portes. Este prostíbulo se hizo famoso no sólo en Francia, sino en toda Europa. Sus elevados precios no permitían su arribo a otras gentes que a los cortesanos y extranjeros ricos que visitaban París. Estaba instalado con inusitada riqueza, hasta el punto de poder competir con las habitaciones más lujosas de los palacios reales. Existía una piscina en la que las prostitutas eran cuidadosamente bañadas antes de entregarse en manos de los masajistas y maquilladores, los cuales preparaban ciertas substancias astringentes a fin de que ciertas cavidades naturales de sus cuerpos se contrajesen lo debido para dar la sensación de que se trataba de órganos completamente virginales.

Todas las pensionistas estaban sometidas a un cuidadoso examen médico, que se efectuaba diariamente, con objeto de que los visitantes tuviesen las más completas garantías de seguridad.

Los clientes llegaban al burdel entrando por un comercio honesto, cuyo establecimiento estaba regentado por un protegido de la nobleza, de manera que las damas de la buena sociedad, los aristócratas y los obispos no corrían el riesgo de perder su buena reputación. Dentro de la mansión había gabinetes particulares, en

los que los concurrentes podían vestirse de forma que no pudiesen ser reconocidos.

En un extremo del edificio que recibía el nombre de «enfermería», había ingeniosas instalaciones para permitir a los clientes fatigados recobrar el vigor perdido o encontrar los más poderosos estímulos para gustar los placeres sexuales. Cuadros sugestivos, estampas eróticas, libros pornográficos, ingeniosos sistemas de excitación consistentes en helados, pasteles y bombones preparados a base de cantáridas y otros afrodisíacos, a más de los más raros instrumentos de flagelación, se encontraban en el burdel de madame Gourdan.

Había habitaciones destinadas a los «mirones» o *voyeurs*, los cuales admiraban espectáculos de toda naturaleza en los que tenían cabida las más atroces perversiones sexuales.

Las pensionistas de esta famosa proxencta recibían una educación esmeradísima antes de ponerse en contacto con la clientela, que no era solamente masculina: muchas damas de rancio abolengo y famosas en la historia de Francia, buscaban la satisfacción de sus deseos sobre o bajo los brazos de las jóvenes pupilas de la calle des Deux-Portes. Otras acudían a recibir a sus amigos, como por ejemplo la célebre actriz de la Comedia Francesa madamoiselle Dubois, que durante veinte años de actividad sexual había conocido, en el sentido bíblico, a la respetable cifra de 16.727 amantes. Otras damas de teatro que también frecuentaron este burdel y que tenían prostíbulos para su uso particular, fueron Sofía Arnould, la Guimard, la Raucourt, la Du Thé y otras muchas.

Juana Becu fué presentada al rey por la Gourdan como la más bella e inteligente de sus pensionistas. El monarca, en efecto, encontró en aquella mujer, menos inteligente que la Pompadour, pero más hermosa si cabe, nuevos atractivos para su existencia de hastío. Las anteriores aventuras de la prostituta fueron como un estimulante para la sexualidad del rey masoquista, y el día 22 de abril de 1760 fué presentada en la corte con el pomposo título de duquesa de Du Barry, que ostentó con la mayor desvergüenza, haciéndole cornudo al rey cuantas veces tuvo ocasión de ello.

Hasta la muerte de Luis XV, acaecida en 1774, la Du Barry vivió en Versalles, pero a partir de esta fecha se retiró a vivir silenciosamente a Louveciennes, donde poseía una biblioteca particularmente rica en obras eróticas.

En este plan estuvo viviendo durante cerca de veinte años, sin que su nombre, que parecía olvidado, sonase para nada. Pero al estallar la Revolución, especialmente en el 93, el pueblo se acordó de la ex favorita para resarcirse con su cabeza del mal que por su causa había sufrido Francia, y cuando contaba cincuenta años de edad fué guillotinada con todos los respetos que merecía su rango.

Todo el reinado del «Muy amado» Luis XV se caracterizó por el predominio de sus favoritas, las cuales, lo mismo que sus descendientes, familiares y amigos allanaron con sus actos el camino de la guillotina. Fué la época de la sensualidad desencadenada, del vicio sistemático, de la perversión escandalosa. En Versalles, en el famoso Parque de los Ciervos, en el Trianón, en las Tullerías, en todos los regios lugares que fueron el teatro de las aventuras reales, germinó el monstruo de la revolución más sangrienta que ha conocido la Historia.

No fué sólo en la corte de Francia donde triunfaron las prostitutas más famosas de la época. En Inglaterra, Alemania, Rusia y otros países, las reinas, aristócratas y mujeres célebres lo fueron más por sus desenfrenos sexuales que por la intelectualidad de su espíritu.

La reina más célebre del siglo XVIII fué, sin duda alguna, Catalina II de Rusia, mujer viciosa y cruel que conoció todas las aberraciones sexuales. Consiguió que sus vicios adquirieran la importancia de las costumbres de la corte de Rusia.

A la edad de dieciséis años, fué elegida por la zarina Isabel para esposa del futuro zar Pedro. Casada con éste, como resultase inapto para el ejercicio de las funciones viriles y, por lo tanto, para tener descendencia, la zarina Isabel encargó la misión de procreador imperial al joven caballero Sergio Soltikov, padre auténtico del futuro emperador Pablo. A Soltikov sucedió en tan agradable misión cerca de Catalina el caballero polaco Estanislao Poniatowski, que gracias a su querida fué más tarde rey de Polonia.

Catalina, que era una ninfómana, se entregó a varios nobles de la corte rusa, polaca y alemana en número, según dicen, incontable, ya que la mayor parte de sus soldados tuvieron ocasión de comprobar el ardor genital que consumía a la reina, ninfómana, homosexual, masoquista y flagelante.

Un autor dice que no hay inconveniente en afirmar que el látigo era un instrumento de gobierno de Catalina II. «Desde el cortesano más encopetado al último lacayo, desde la princesa de alto rango a la camarera conocían, muchas veces por experiencia, los efectos del látigo. La misma emperatriz azotaba a veces a las damas de la corte.» Y Cudgel escribe: «Si la víctima resistía, acudían dos esclavos. La emperatriz azotaba sin piedad a la dama hasta que aquélla estaba cansada. Con frecuencia intervenían otras damas para sujetar a la víctima y aun para llevarla a cuestas mientras Catalina se cebaba con el látigo en el cuerpo de la infeliz que había caído en desgracia.»

Se cuenta que Catalina llegó hasta el extremo de hacer que azotaran en su presencia a una dama la misma noche de sus bodas y antes de que entrase con su marido en la cámara nupcial. La emperatriz ordenó que la trajesen a su presencia en el momento en que se disponía a desnudarse en la habitación inmediata a la alcoba. Seis mujeres se encargaron de azotar a la aristócrata sin que el marido pudiera evitarlo. Este castigo obedeció a que la víctima había merecido las antipatías de la reina por haber divulgado ciertos secretos íntimos de la emperatriz.

Hacía que las damas de la corte acudieran a una especie de escuela de flagelación que ella había creado, en la que actuaba como profesora. Las educandas tenían que vestir ropas de niña, que siempre resultaban ensangrentadas al final de las elecciones.

Según Iwan Petrowich, había un salón en el palacio del zar, que tenía la especialidad de ser como escenario de magia para los excesos eróticos de este monstruo de lujuria. El autor dice: «El castigo era público de medio cuerpo abajo, ya que el rostro permanecía oculto. Había una trampa. La dama condenada a flagelación sabía que la menor protesta podía ser causa de que se descubriera la cara, y se guardaba de gritar ni hacer la más suave objeción. No podía, pues, alegar motivos de pudor. Funcionaba la trampa, y la víctima descendía hasta que senos y brazos contenían el descenso. La dama se sentía suspendida, aunque apoyada por los bordes del agujero, que se estrechaba automáticamente para no producir una fatiga inútil. Si la dama llevaba pantalones, los quitábamos delicadamente, levantábamos la camisa y empezaba la flagelación. Oíamos claramente los lamentos y nos divertíamos mucho, hasta que brotaba sangre y cesaba la flagelación, quedando la dama vestida y avergonzada. En la pared de aquella sala

se había practicado un orificio tras el cual contemplaba la emperatriz Catalina los horribles efectos del vapuleo. El esbirro no podía ver a Catalina, como tampoco podía ver que un apuesto oficial, experto en extremo y arrodillado ante la emperatriz, contribuía a hacer más intenso el placer de ésta.»

LA REVOLUCION FRANCESA

María Antonieta y el conde de Artois.—La reina y las dos princesas.—Lo que vió una camarera.—Cómo murió la princesa de Lamballe. La española Teresa Cabarrús.—De aristócrata a revolucionaria.—La muerte de Robespierre. Carlota Corday.—La exaltación de las prostitutas.—La emperatriz Josefina.—Paulina Bonaparte, la última Mesalina.—Las damas del Segundo Imperio.—Del prostíbulo a los palacios.

Si las favoritas de Luis XV asombraron a la corte de Versalles con sus escándalos políticos y sexuales, ¿qué hemos de decir de María Antonieta, la esposa de Luis XVI, digno sucesor del anterior monarca? La «Austriaca», como la llamaba el pueblo, no fué, precisamente, la reina deseada. Uno de los primeros amores adulterinos de la esposa del infeliz Luis XVI fué el bello conde de Artois, su cuñado, hombre que gozaba de una merecida fama de don Juan cortesano y burdelero con ribetes de chulo y desplantes de matón.

Pero a María Antonieta le gustaba el carácter chulapón y jacarero de este guapo; se entregaba a él en medio de verdaderos delirios masoquistas, sirviendo de objeto pasivo en unas escenas que hubiera envidiado el mismo marqués de Sade.

Versalles era entonces un lujoso prostíbulo que había eclipsado las glorias un poco lejanas de la célebre casa de madame Gourdan. La reina entretenía sus ocios con las señoritas de Lamballe y de Polignac, dos ardientes devotas de la religión de Lesbos. Llegaron hasta el extremo de hacer escenas de un dramatismo erótico espeluznante. Un día, la reina esperaba con ansiedad la llegada de la Polignac, que acababa de regresar de un viaje. María Antonieta recibió aviso de que hacia las cuatro o cuatro y media de la tarde llegaría a palacio. En esta hora, la reina se situó tras los cristales de una habitación del piso primero, esperando con an-

siedad el arribo de la amada amante. Cuando vió llegar la carroza que la conducía, su corazón saltó de gozo. Pero su desesperación no tuvo límites cuando advirtió que la Polignac se despedía de una mujer que la acompañó en la carroza. Jamás se supo quién era esta mujer. Pero debía ser muy ardiente, por cuanto que la favorita de la reina se presentó a María Antonieta con un labio ligeramente inflamado, sin duda a consecuencia de un mordisco reciente. María Antonieta la insultó con las palabras más gruesas y llegó a golpearla. La Polignac aguantó aquellos tratos con la cabeza baja, y después ambas mujeres cayeron rodando sobre el espeso esterado de la cámara más íntima de la reina. Una doncella dice que la joven esposa de Luis XVI aprisionó contra el vértice de sus muslos la cabeza de la Polignac, mientras esta hacía otro tanto con la regia testa de María Antonieta... A veces, la Lamballe hacía la tercera en los juegos de tan curioso «menage a trois» entre una reina y dos princesas.

Ninguna de las tres procuraba la menor discreción en estas relaciones escandalosas, que, por otra parte, no eran consideradas de mal tono entre los cortesanos, ya que cada cual hacía lo que podía.

Y estalló la Revolución. La cabeza de María Antonieta rebotó en el cesto de la guillotina, la Polignac fué arrastrada por las calles y la princesa de Lamballe murió en la forma que relata Mario Verdaguer:

«Unas manos violentas y peludas, un enjambre de manos alocadas, brutales, de monstruos extraños, agarran el delicado cuerpo de la mujer. La princesa de Lamballe es arrastrada fuera de la habitación. El aire libre azota su rostro; es un aire dulce, saturado de un olor soso. El suelo es blando y resbaladizo, los pies se hunden en algo gelatinoso que, de momento, no puede comprender. Y de pronto un grito de espanto sale de la fina garganta de la princesa de Lamballe. Todo el suelo está cubierto de cadáveres. Hombres y mujeres danzan sobre aquel campo de horror y los ojos enloquecidos brillan siniestros, alumbrados por llamas sádicas y primitivas.

»El enjambre de manos ocres y peludas arranca a jirones los delicados vestidos de la princesa de Lamballe. El pueblo ríe y pronto la blanca belleza aristocrática aparece desnuda ante la multitud. El cuerpo blanco, de una blancura extraordinaria, se ha hecho flácido, arrastra ahora la finura sedeña de su piel contra la

gual tumefacta y verdosa de los cadáveres, se ensucia de cieno y de sangre negra.

»Un hombre se acerca y le arroja un cubo de agua para que la blancura de la aristócrata vuelva a brillar, a alucinar la lujuria de los hombres embriagados que la miran.

»De pronto un sable cae violento sobre el redondo hombro de la princesa de Lamballe, la sangre brota como un borbotón de rosas fúlidas. Aquella sangre exalta a la multitud, que lanza alaridos de alegría. Mientras el pueblo insulta, un verdugo le corta en vivo los senos, y un hombre que se acerca con una cuchilla de carnicero le arranca el pubis y se coloca el vello rubio a guisa de bigotes.

»Y el cuerpo de la princesa de Lamballe desaparece, repartido a pedazos, como una res. La cabeza aparece solitaria sobre una alta pica en medio de una frenética y alocada aclamación.»

Entre las sombras negras y rojas del Terror se destaca la figura bella y arrogante de Teresa Cabarrús, la española heroína de la Revolución francesa, hija de un ministro español de los tiempos de Bonaparte, que influyó poderosamente para que la cabeza de Robespierre cayera bajo la hoja afilada de la guillotina.

La historia de Cabarrús es una cadena de aventuras sexuales bajo el pretexto de otros tantos matrimonios. Fué, pues, una mujer «decente», sobre todo para aquellos tiempos de grandes turbulencias sexuales y políticas.

Cuando tenía dieciséis años contrajo matrimonio con el marqués de Fontenay, aristócrata arruinado que hizo todo lo posible por gastarse alegremente la dote de su mujer. Al estallar la Revolución, como el marqués fuese partidario de los girondinos, sufrió persecuciones y confiscaciones de bienes, y como peligrase su vida, huyó con su mujer hacia España, pero en Burdeos fué detenido por el convencional Tallien, hombre terrible que de la nada llegó a ocupar uno de los puestos más sobresalientes de la Revolución.

Tallien había visto a la Cabarrús en varias ocasiones y estaba enamorado de ella. Entonces no era él más que un empleado, amigo de galantear a las damas, y Teresa no le hizo caso. Pero ahora, dueño y señor de Burdeos y amo de la guillotina, la joven meditó mucho antes de repetir los gestos desdeñosos que en otra ocasión tuviera para Tallien. No obstante, cuando fué interrogada por éste ella mantuvo su eterno gesto de dignidad. El convencional se

quedó prendido de nuevo en las redes de la sonrisa de madame de Fontenay, que dejó que Tallien le besara las manos.

Fué tan hábil esta mujer, que de aristócrata pasó a ser revolucionaria de un revolucionarismo ardiente y estrepitoso. Hizo discursos, compuso frases y se ofreció a la Revolución. Pero Robespierre, hombre sagaz, no se contentó con tales promesas y firmó la orden de su detención poco después de haber sido libertada por Tallien, el cual fué acusado por esto de proteger a los aristócratas.

En la cárcel fué desnudada completamente, como era costumbre hacer con las bellas damas enemigas de los derechos ciudadanos. Pero nadie se atrevió a tocarla, porque su belleza y su gesto magnífico contuvieron la brutalidad desatada de los verdugos.

Compareció desnuda ante el tribunal, y al pedírsele que firmase una declaración en la que se afirmaba que el ciudadano Tallien había traicionado a la República, con lo que probaría, además, su republicanismo, se negó rotundamente a sostener tal acusación, diciendo:

—Tengo veinte años, pero prefiero morir veinte veces antes que sostener tal acusación contra un ciudadano que ama a la República, a la Justicia y a la Libertad.

A pesar de sus protestas, fué encerrada en un calabozo al lado de la que más tarde había de ser la emperatriz Josefina. Tallien, que había sido salvado de la guillotina por la valerosa española, sufrió cobardemente ante la situación de su amada, que no tardaría en subir al cadalso. Ella hizo llegar a sus manos un billete en el que decía lo siguiente:

«El administrador de la Policía acaba de salir de mi calabozo. Ha venido a anunciarme que mañana compareceré ante el Tribunal, es decir, subiré a la guillotina. Soñé esa pasada noche que Robespierre ya no existía y que las prisiones habían sido abiertas. Pero gracias a tu insigne cobardía ya no habrá nadie en Francia capaz de realizar semejante sueño.»

El ciudadano Tallien se sintió animado de un valor súbito y terrible. Amaba a Teresa con toda la fuerza de su corazón, y la prueba de que este amor hacia la hermosa era más fuerte que el que le inspiraba su propia vida, se dirige hacia la Convención y con un grito potente increpa al feroz revolucionario.

—¡Basta de asesinatos, tirano inmundo!

Robespierre vacila. Aquella voz ha encontrado eco en el pecho de los convencionales, aterrorizados ante tanta sangre injustamente vertida. Y como no pudiera articular palabra, Tallien insiste:

—¡La sangre de Dantón te ahoga!

Era el Termidor. Robespierre cayó guillotinado, y su cabeza, destrozada a golpes por la muchedumbre, quedó reducida a un amasijo sangriento. Se abrieron las cárceles y Teresa Cabarrús cae en los brazos de Tallien para unirse a él en un ardiente idilio.

Así vivieron unos meses. Ella era adorada de todo París, al que logró conquistar con su belleza y su elegancia, y su casa fué el centro de reunión de muchas personalidades célebres, entre las que se encontraban Garat, Chenier, Barras, Cherubini, Ouvrard y otros.

Pero un día, harta del amor de Tallien, desapareció para refugiarse en un lugar escondido, donde conoció las caricias más intensas de varios de sus amigos, principalmente Barras y Ouvrard, después de haberse divorciado de su marido.

En 1805, la bella española despide a Ouvrard y se casa con el príncipe de Caraman Chimay. Sigue triunfando en su pequeña corte, donde recibe a sus íntimos de siempre con gran complacencia de su esposo. El último amor fué el músico Cherubini, con el que tuvo que conformarse de la indiferencia que hacia ella había mostrado el cónsul Napoleón Bonaparte. Y la princesa de Caraman Chimay, que ya había dado a luz varios hijos de muy diferente identificación, murió el 15 de enero de 1835, perdida toda la famosa belleza que antes habían respetado hasta los buitres carniceros de la Revolución. (Lámina VIII.)

Se ha hablado mucho sobre Carlota Corday, la patriota que asesinó a Marat. Esta joven vivía en Caen en el año 1793. Era inteligente para las bellas artes y de carácter reservado; apenas si tenía otras amistades que la de un muchachito de quince años que solía acompañarla en sus paseos por el campo, especialmente cuando Carlota iba a dibujar, a cuyo arte era muy aficionada.

Leía periódicos y escuchaba con atención las conversaciones de los políticos, que se lamentaban de la marcha de los sucesos revolucionarios, en los que los tiranos mataban por el placer de asesinar. Un día su indignación llegó al colmo al enterarse de que por orden de Marat habían sido guillotinadas varias personas de Caen, las cuales eran inocentes de los delitos de que se les acusaba.

Carlota Corday no sintió la pena de no ser hombre; al contra-

rio, se alegró de ser mujer, aunque algunos historiadores sostienen que no se hallaba muy conforme con su sexo.

Un día se despidió de su pequeño amigo y marchó a París. Allí procuró enterarse de las costumbres de Marat, y le pidió una entrevista, diciendo que tenía noticias muy urgentes que comunicarle, si quería salvar a la República de un grave peligro. Como el revolucionario no la recibiera, insistió nuevamente, y esta vez fué más afortunada. Marat la recibió en el mismo cuarto de baño, donde a la sazón se encontraba. Se cerró la puerta y nadie supo lo que ocurrió; el caso es que a los pocos momentos de entrar, un reguero de sangre salía por debajo de la puerta de la cámara. Marat tenía una enorme cuchillada en el pecho que le había causado la muerte.

Cuando fué juzgada, se la interrogó acerca de los motivos que tuvo para asesinar al triunviro de la Revolución, contestando con entereza:

—Le he matado porque con la muerte de este hombre he impedido el asesinato de cien mil. Subió a la guillotina virgen de cuerpo y de alma, después de escupir al rostro del verdugo. Seguramente, Carlota Corday fué la única virgen de la Revolución.

El desenfreno erótico de la corte de Versalles fué, ya lo hemos dicho, una de las causas de la Revolución y la inspiración sangrienta de muchos sucesos de la época del terror. Pero es lo cierto que si antes fué la aristocracia la clase que más se distinguió en sus desmanes galantes, después de la Revolución se desarrolló una sociedad no menos pervertida, con la desventaja de que las gentes, tan violentamente encumbradas a los puestos más elevados, carecían de la educación y las formas que no perdieron los aristócratas ni aun para dar el paso trágico hacia la guillotina.

El triunfo de la Revolución fué la exaltación de las prostitutas. Como dice un historiador, la mujer del pueblo de la Revolución se dividió en dos masas, igualmente sombrías: las prostitutas y las furias de la guillotina. La guillotina y la prostitución se habían adentrado en las costumbres de la nueva Francia.

Los palacios, las mansiones aristocráticas, los teatros y los jardines y parques, que antes de la Revolución frecuentó la nobleza de aquellas cortes brillantes, eran después del terror el escenario de los mayores desenfrenos de las nuevas "madames", queridas de los revolucionarios, de los militares y los comerciantes, que se habían enriquecido con sus robos y especulaciones. Las prostitutas

paseaban desnudas por Longchamps, por el bosque, bajo los pórticos del Palais-Royal, por todas partes. Y por todas partes se presenciaban escenas de una lubricidad salvaje y desatada, como si no hubiese más placeres ni otros ideales que los de gozar de los deleites del sexo.

La subida al trono de Napoleón Bonaparte, no influyó en nada en las costumbres depravadas de la época. Los nuevos tintes de democracia permitían la promiscuidad de los aristócratas, que volvieron a Francia con la gentuza protegida del emperador. No había más seducción que la del dinero, ni más interés que el de hacer fortuna sea como fuere, pero con el fin de procurarse los máximos placeres.

La misma emperatriz Josefina, no fué, precisamente, un modelo de virtudes. Antes de su matrimonio con Napoleón había estado casada y después liada con Barras, el catador de las mujeres más célebres de la época. La Malmaison era el teatro de las aventuras galantes de la esposa del emperador cornudo. No tuvo cultura ni educación; era una instintiva, que todo lo supeditaba a su orgullo y a su egoísmo. A su lado, las cortesanas más libres eran casi virtuosas. Su primer marido, el vizconde de Beauharnais, cuando fué guillotinado, estaba harto de los escándalos de su esposa. Acogió la muerte como una liberación.

Bonaparte también tuvo que dejarla por imposible, porque, además de su exaltado temperamento, había convertido palacio en una casa de vecindad, según dice un historiador. Reñía a la servidumbre, empleando las mismas frases gruesas que hubiera utilizado la señora más plebeya. En las intrigas amorosas se mostraba intolerante, y cuando se proponía hacer una conquista, jamás abandonaba el terreno a una rival, con la que disputaba de la forma más grosera. Era una histérica de la peor especie.

Pero Napoleón no tenía demasiada autoridad para echarle en cara a su imperial esposa sus desmanes sexuales, sobre todo si se acordaba de su señora mamá, la célebre Leticia Ramonino, y, muy especialmente, de su hermana Paulina, de quien los historiadores dicen que hizo de la hermosura que Dios la dió el mismo uso que la esposa del emperador Claudio, es decir, la bellísima y desvergonzada Mesalina.

Paulina tuvo tantos amantes, que llegó a perder la cuenta. Se afirma también que entre ellos figuró su mismo hermano, el cual la visitaba con frecuencia cuando la joven se hacía pasar por Mlle. Ame-

lia, ocupando una casita discreta, que tenía el número 188 de la calle de Bac.

Realmente, esta mujer tenía muchos puntos de contacto con Mesalina. Un cronista dice que gustaba leer todo cuanto se refería a los desenfrenos sexuales de los romanos, y aunque no era una mujer de muchas letras, coleccionó bastantes volúmenes de literatura erótica, procedentes en su mayor parte de la nutrida biblioteca de la Du Barry.

Acompañada de Forbin, del actor Lafont o del coronel Canoville, visitaba con frecuencia los prostíbulos especiales para *voyeurs*, y cuando encontraba algún actuante masculino que era de su agrado, hacía lo posible por conducirle a palacio e incluso por visitarle en su propio domicilio.

Tuvo relaciones con un dependiente de taberna, hombre robusto y de maneras brutales, al que recibía regularmente en su casa de la calle de Bac, el cual ignoraba la verdadera identidad de Paulina Bonaparte. Ella le dijo que era costurera; pero la sorpresa del hombre no tuvo límites cuando un día vió a su amante en la carroza imperial.

La hija que Josefina de Beauharnais tuvo con su primer marido fué amante de su padrastro, mientras compartía el lecho con otros apuestos oficiales de la Guardia Imperial. Con el fin de tenerla más segura, el emperador la casó con su hermano Luis cuando ya había entrado en el segundo o tercer mes de un embarazo de Napoleón.

Durante el Segundo Imperio, las damas de la corte no fueron menos licenciosas que sus antecesoras. Hubo una mujer galante que tenía acceso a los palacios reales llamada Cora Pearl, la cual se hacía pagar una noche de amor con la bonita suma de 10.000 francos. Un gran duque alemán la regaló un bidet de plata y oro, macizo, con sus iniciales grabadas en el fondo en piedras preciosas.

Fué esta época la de la glorificación de la prostituta, no a la manera de Grecia y del Renacentismo, sino que el homenaje se rendía a la hembra exclusivamente. Gran número de mujeres galantes sin cultura ni educación y surgidas de los más bajos fondos sociales, alcanzaron puestos en la corte por medio de los matrimonios más ventajosos. Hubo una, la "Mogador", que no sabía leer ni escribir, pero que se casó con el conde Lionel de Morton-Chabrillan. Otra, de origen español, Rosalía León, fué desposada por el príncipe de Wittgenstein; otra, Margarita Bellanger, que había

sido amante de un zapatero, casó con Lord Courbach; otra, llamada la "Madona" entre la gentuza del Puente Nuevo, fué la princesa de Soltikov...

La condesa de Castiglione, mujer de gran influencia en la corte de Napoleón III, recibió un millón de francos por una noche de amor con Lord Hertford, y la condesa de Gouy y la marquesa de Belboeuf, rivalizaban con las cocotas de más precio en la prestación de sus favores, lo que ocurría poco menos que en la presencia del emperador y hasta en las habitaciones de palacio, que ocupaban las damas de aquella corte estúpida y viciosa.

LA LITERATURA Y LAS MUJERES DE HISTORIA

La galantería de los literatos.—Las contradicciones acerca de la vida amorosa de Cleopatra. Cómo la ve Miriam Harry.—Cómo era en realidad.—Mesalina no mereció respetos.—Un aspecto de la emperatriz prostituta.—La necesidad de ser dominada y la de dominar.—El renacentismo y la insinceridad.—Las utopías de los filósofos y la verdad de los hechos.—La Pompadour a través de sus aduladores.—Lo que queda en el fondo.

Una gran parte de la literatura pornográfica de todas las épocas, gira en torno a la vida de las mujeres que se hicieron célebres por el empleo que dieron a su belleza. Por lo general, los apologistas de estas mujeres galantes fueron más galantes que ellas mismas, dándole a la frase un significado distinto.

No existe un tema más interesante en la literatura universal que el del amor, y como quintaesencia de ese interés, el que se refiere al aspecto puramente erótico de la vida. Los clásicos nos hablan de Cleopatra, de Mesalina, de Popea, de Safo, de Ninón de Lenclos y de otras muchas mujeres que asombraron al mundo con sus escándalos sexuales. Evidentemente, las descripciones de esas vidas llegadas a nosotros, a nuestra época, a través del tamiz del tiempo con sus reformas, sus traducciones y correcciones del original primitivo, es fácil que no se ajusten en todo a la realidad de los hechos y hasta muy posible que las exageraciones hayan sustituido en gran parte a la verdad de los sucesos. Puede decirse, además, que los primitivos biógrafos contemporáneos de aquellas celebridades no obraron con absoluta independencia ni verdadera honradez literaria, sino que se dejaron influenciar por la misma sugestión que emanaba de aquellas mujeres.

Tratando, por ejemplo, de Cleopatra, llegamos a un momento en el que no sabemos cómo fué en realidad la famosa reina de

Egipto. Horacio decía de ella que era morena, porque era africana, y otro dice de ella que era rubia y de ojos azules, como una pálida estrella del Norte. Cicerón asegura que era una cortesana que embrujaba a los hombres, y Miriam Harry, muchos siglos después, afirma: "Era romántica, quimérica, más enamorada que apasionada, más tierna que sensual, seduciendo por los encantos de su espíritu tanto como por los de su cuerpo, por el vino de sus miradas tanto como por la copa de sus ojos, por la música de su voz tanto como por el hechizo de sus labios."

Pero todas estas opiniones que pugnan tanto entre sí, no son capaces de convencernos. Si Miriam, la escritora orientalista, asegura que "no se han dicho de Cleopatra sino mentiras y calumnias", ¿en qué se funda? Y, además, ¿por qué lo niega ella, cuando ni siquiera es hombre para poder hablar con más independencia? Plutarco decía que era ambiciosa y de una frialdad—de cálculo, se entiende—asombrosa, mientras Cicerón afirma absolutamente todo lo contrario al asegurar que se trataba de una criatura sensual y frívola. Shakespeare, más vago, afirma que fué magnífica y pérfida, como cualquier heroína de tango moderno, con ojos y alma de "mujer fatal".

Mirian Harry está bastante más lejos que Plutarco, Horacio, Cicerón, Juvenal y hasta Shakespeare. Pero dejando a un lado lo del color de sus ojos y el tono de sus cabellos—verdaderamente, en Egipto son raras las mujeres de cabello rubio y ojos azules; no obstante, es fácil que debiera su belleza a tal singularidad—, prescindiendo de todo esto, Cleopatra no fué romántica en el sentido estricto de la palabra aplicada al amor, sino a su patriotismo. Y digo esto, porque en toda su vida, según los historiadores, y, más aún, teniendo en cuenta las ambiciones de Roma y la posición de Egipto, hizo todo lo posible por librar a su pueblo de la tiranía romana, como lo prueba el hecho de que a toda costa y por todos los medios, como ya hemos visto, procuraba llegar al alma de los enemigos de su patria.

Ahora bien, esto puede ser perfectamente compatible con la sensualidad, que nada tiene que ver, hasta cierto punto, porque no conviene olvidar ciertos episodios de su vida. Cuando la muerte de Julio César repartió sus simpatías—o su sagacidad—entre los asesinos del emperador y los partidarios. Pero hay más aún. Cuando podía considerarse feliz con Antonio; cuando nada podía faltarle al lado del triunviro, que era joven, bello, fuerte y valeroso,

¿qué tenía que hacer entre las prostitutas de Alejandría, sobre todo durante las ausencias del guerrero romano? Mesalina, que quiso emular a la reina egipcia, frecuentó el barrio de Suburra, inspirada en la historia de Cleopatra.

Que ordenaba la muerte de los esclavos, a quienes, en regio homenaje, entregaba su cuerpo codiciado, es un hecho repetido por todos los historiadores como una faceta de su crueldad. Luego ni era romántica, ni quimérica, porque consiguió que su pueblo fuera respetado por Roma, lo que sólo pensarlo hubiera sido una quimera, ni fué más tierna que sensual, ni menos apasionada que enamorada. Enamorada, ¿de quién? ¿De Julio César?... Entonces, ¿por qué no vengó su muerte, como pudo haberlo hecho, sino que se puso de parte de los asesinos de su amante? ¿Y enamorada de Marco Antonio? Tampoco. Si hubiese estado enamorada de él, no le habría llevado a aquella guerra imposible contra el poder de Octavio, porque el amor se hace con besos, con espasmos, con ternuras, sí; pero también con sacrificios. Y Cleopatra no se sacrificó nunca por el amor de Antonio. Y otra prueba de su falta de ternura: sacrificó a sus dos hermanos y esposos a su ambición desmedida. Miriam Harry habla de las miradas de Cleopatra y de su voz, como si hubiera sido su amiga más íntima. Cleopatra, como Miriam, era una nacionalista; nada más.

Si Cleopatra ha merecido, hasta cierto punto, el respeto galante de cronistas e historiadores, la esposa del emperador Claudio no podría decir lo mismo si resucitase y viese cuánto se ha escrito de ella.

Entregada desde muy joven al mayor desenfreno erótico, aunque el ambiente de la vida romana se mostraba propicio a estos desmanes, muchos no la perdonaron que fuese bella, joven, emperatriz y poderosa, y, sobre todo, más ardiente que la lava del Vesubio.

Esta mujer fué siempre el espíritu de la contradicción. Se entregaba a cualquiera, sin que él, a lo mejor, se fijase siquiera, y, en cambio, se negó a todos los que la solicitaron y deseó ardientemente a quien no hizo el menor aprecio de sus singulares encantos.

En ciertos detalles de la vida de Cleopatra, no cabe duda que se ve el afán de triunfar, de vencer, de dominar, de ser útil a su patria. Con tal de conseguir este fin, se entregó a Julio César y a Marco Antonio e intentó hacerlo también con Octavio. Su entrega

era el precio puesto por los dominadores al favor de gobernar el reino de la egipcia, que pasó por trances dificilísimos. Pero a Mesalina le importaban muy poco las glorias o los desastres que pudiera sufrir Roma; todo lo sacrificó a su sensualidad omnipotente, que no reconocía trabas.

Sin embargo, alguien ha dicho que en aquel insaciable erotismo de Mesalina había el noble deseo de encontrar un amor puro, que sólo existe en las regiones del alma. En cambio, otros, como Magre, dicen todo lo contrario, apoyándose en las referencias de Tácito, Juvenal, Josefo y demás historiadores imparciales. "No fué el orgullo lo que enajenó a Mesalina—dice Magre—, sino la alegría de satisfacer todos los caprichos de su carne. El imperio significaba para ella un medio de gozar de los hombres a quienes deseaba, de dominar por el terror a los que la hubieran rechazado, de gustar con toda seguridad del amor de los hombres, atraídos por el prestigio de su belleza incomparable. Tenía veinticinco años y ejercía esa fascinación que se desprende de los cuerpos ávidos del goce amoroso. Era como un flúido material derramado en su torno, una onda que bañaba a los que se le aproximaban. El verde resplandor de sus pupilas había perdido su dulzura primitiva, adquiriendo un duro reflejo. Miraba de frente a todos los hombres, incluso a los viejos, con una insistencia mortificante, para estimar las cualidades de virilidad de que podían ser susceptibles. Habíase vuelto imperiosa y violenta, pero atravesaba a veces por crisis de desfallecimiento, por momentos en que volvíase como una niña, "sintiendo la necesidad irresistible de ser dominada y golpeada por la pesada mano del amo".

Estas últimas palabras del escrito que reproducimos, sirven al autor para expresar una faceta del carácter de Mesalina, que Magre expone como un contraste con su vida de dominio. Pero si para un novelista la imagen puede representar ese contraste loable, por decirlo así, para un psicólogo o un sexólogo, el dato es una simple manifestación de masoquismo, tan común en las mujeres, incluso en las más depravadas. En esos instantes pasajeros de desfallecimiento, que, sin duda alguna, debió experimentar la emperatriz, no encontramos más que la fase de un ritmo eterno, la alternativa o la compensación de los momentos de furor psicoerótico. Mesalina gozaba martirizando y sentía un vivo placer al ser martirizada. Esta es la "irresistible necesidad" de ser dominada y golpeada. Así es cómo se entregó a los brutales gladiadores lúbricos y borrachos que

frecuentaban el prostíbulo de Lysisca, en los que sabía de antemano que no podía encontrar gestos delicados ni ademanes corteses.

Luego este literato, a pesar de todo, quiere tratar bien a su heroína; pero no lo consigue, sino que, sin darse cuenta, incurre en todo lo contrario. Y dice después: "Tenía también movimientos de ternura. Sentía entonces la necesidad de oír palabras afectuosas, de un pecho donde cobijarse, y lloraba con el pesar de no haber pertenecido toda su vida a un solo hombre; pero "prontamente se avergonzaba de aquellas crisis y odiaba a los que las habían presenciado."

En este punto, nada debe objetarse; todas las mujeres y todos los hombres están sujetos a esas crisis repentinas cuando el amor es muy fuerte o el hambre sexual muy aguda. Esas lágrimas, esas quejas, ese sufrimiento efímero, es también un producto masoquista; es el placer de sufrir, sin causa, sin razón, por el gusto de sufrir nada más.

Así pues, los que han querido tener un recuerdo piadoso para la imperial prostituta, no han conseguido más que agravar los hechos de su vida con relación a la moral.

Dando un enorme salto sobre la Historia, venimos a los tiempos del Renacimiento. Los literatos pretenden incorporarse al ritmo que marca la época, y al resucitar las glorias de las hetairas griegas y las cortesanas de Roma, idealizan la existencia turbulenta de las mujeres más célebres: las Borgia, la Franco, Imperia, la Maintenón, Lady Hamilton y muchas más. Ninón de Lenclos parece ser el centro de la actividad de los literatos filósofos y pensadores. No es posible, sino a través de la pluma de algún despechado, descubrir un detalle grosero en la existencia de esas mujeres, excepcionalmente escandalosas. Se idealizan los menores detalles de su vida, y la prostituta italiana pasa a Francia a mostrar sus artes y métodos a las damas galas.

El reinado de los Borbones, cuya corte está formada de intrigantes, mundanas y aduladores, se caracteriza por el florecimiento de una literatura erótica, contra la que apenas pudo levantar su grito el batallador Rousseau. Voltaire, protegido de la Pompadour, encuentra en la dama un motivo de magníficas sugerencias. Escribe versos y novelas, en los que trata de idealizar los gestos de la famosa favorita. Todas las que vivieron al lado de los Luises XIV y XV son para el filósofo poco menos que fuente de virtudes singulares. Si alguna de ellas se desmanda y sale por los fueros de su

instinto irreprimible, la compara con las antiguas damas, que inspiraron a los hombres de otras épocas los gestos más gloriosos. Todo es falso, artificioso y casi ridículo. El pueblo ve desde cerca la miseria que ocultan aquellas páginas y replica con panfletos y coplas de una crudeza descarada.

La Pompadour, por ejemplo, es para Voltaire una musa, una diosa. Voltaire y sus amigos, cuando tuvieron noticias de la muerte de la favorita, se entristecieron sinceramente, no sabemos si porque desaparecía su entusiasta protectora o porque realmente significase algo muy importante en la espiritualidad de sus vidas. El caso es que el filósofo exclamó:

—Era de los nuestros.

Los apologistas de las damas de aquellos tiempos, no pudieron ser sinceros con ellos mismos ni con la Historia. La literatura que pudiéramos estimar como más respetable por la autoridad de quienes la hicieron, no pasa de ser un burdo amaño, que parece redactado por los talentos de las agencias de publicidad encargadas de fabricar celebridades en serie.

Por otra parte, aunque muchos hayan tratado de reflejar con fidelidad la existencia de aquellas grandes reinas y cortesanas, casi siempre se advierte que la pluma fué movida más por el despecho que por el deseo sincero de comentar los hechos con discreción y elegancia. El mismo Montaigne se abstuvo de hablar con claridad de las mujeres de su época, y lo mismo hicieron Rousseau, Voltaire y hasta el mismo Schopenhauer, a pesar de su misoginia. Este, no obstante, escribió verdaderas atrocidades de muchas mujeres, que seguramente hubieran merecido más respeto.

Saint-Evremond fué otro adulador embriagado por las influencias de la época. Es uno de los que hablaron más extensamente de aquellas mujeres; pero cuando vemos lo que escribe acerca de Ninón de Lenclos, es preciso tener en cuenta que la amó con toda el alma.

¿Y qué hemos de decir de las "Memorias" que escribieron las propias interesadas? En estas confesiones, como es natural, no era posible apartarse de la propia defensa. No obstante, estas páginas sirvieron de pie forzado a los literatos que comentaron, según su capricho, la vida de las figuras. De la Du Barry conocemos sus memorias y los comentarios de sus enemigos; de la Pompadour, Beaumarchais habla de una manera bastante irrespetuosa, haciendo otro tanto con María Antonieta. Madame Campán, en cambio, la

eleva a los más altos sitiales del espíritu, y lo mismo hacen Mirabeau y los hermanos Lameth.

Puede decirse, en el sentido menos formal del vocablo, que todo lo que se dijo de estas mujeres no fué más que "literatura". Ahora bien, buena, brillante, magnífica literatura. ¡Lástima que la verdad no fuese la principal fuente de inspiración de aquellos noveladores de unas vidas tan novelables!

Pero lo que queda en el fondo, lo que no se cubre ni se borra, son los hechos centrales, los que lo mismo ahora que entonces, pugnan con la moral, con el buen sentido, con lo que forzosamente tenemos que considerar como una conducta seria y austera, base fundamental del respeto de los demás y de la estimación propia, de lo que hicieron mangas y capirotes todas las famosas mujeres de historia que se han conocido.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

EN LA BIBLIA, EN GRECIA Y EN ROMA

Las divinadades eróticas.—Judith de Bethulia y su patriotismo.—La astucia de Dalila y la ingenuidad de Sansón.—La mujer de Putifar y el casto José.—Las aventuras de San Juan Bautista y la bailarina Salomé.—Aspasia, Pericles y Sócrates.—Thais y Alejandro Magno. Agripina, la emperatriz ardiente.—Popea.—El antagonismo de las dos mujeres.—La belleza de Friné, inspiradora de Praxiteles.—El juicio.

MESALINA Y CLEOPATRA

La niñez de Mesalina.—Un retrato de la reina prostituta. — Antecedentes hereditarios. — Su iniciación sexual.—Su matrimonio con Claudio. Las aventuras de la emperatriz.—El gran amor de Mesalina.—Su último capricho.—El matrimonio de Cleopatra.—Su entrevista con César. Sus amores.—Su «liaison» con Marco Antonio. Coronación de Cleopatra.—Entre las prostitutas.—La burla del mercader.—El último y único amor 23

DAMAS DEL RENACIMIENTO

El vicio, puesto de moda.—Isabel de Baviera y sus amores libertinos.—Ana Bolena.—Ana de Austria.—Catalina de Médicis y las camareras italianas.—Las cortesanas del Renacentismo italiano.—Catalina Sforza.—Tullia d'Aragona. Biografía de una hetaira.—Verónica Franco. Ninón de Lenclos, la última cortesana.—Estudio psicológico de su vida.—Su indiferencia por el dinero.—Su celebridad intelectual 47

Páginas

LA POMPADOUR Y SU EPOCA

El origen de la Pompadour.—Cómo la conoció Luis XV.—Sus primeras entrevistas.—El marido de la Normant d'Etiolles.—La presentación en la corte.—Un gesto del Delfín.—La frigidez sexual de la favorita.—Su enfermedad venérea.—La Du Barry.—El burdel de madame Gourdan.—La especialidad de la casa.—Cómo vivió la Du Barry.—Los comienzos de la Revolución.—Catalina de Rusia.—Sus perversiones sexuales 57

LA REVOLUCION FRANCESA

María Antonieta y el conde de Artois.—La reina y las dos princesas.—Lo que vió una camarera.—Cómo murió la princesa de Lamballe. La española Teresa Cabarrús.—De aristócrata a revolucionaria.—La muerte de Robespierre. Carlota Corday.—La exaltación de las prostitutas.—La emperatriz Josefina.—Paulina Bonaparte, la última Mesalina.—Las damas del Segundo Imperio.—Del prostíbulo a los palacios 73

LA LITERATURA Y LAS MUJERES DE HISTORIA

La galantería de los literatos.—Las contradicciones acerca de la vida amorosa de Cleopatra. Cómo la ve Miriam Harry.—Cómo era en realidad.—Mesalina no mereció respetos.—Un aspecto de la emperatriz prostituta.—La necesidad de ser dominada y la de dominar.—El renacentismo y la insinceridad.—Las utopías de los filósofos y la verdad de los hechos.—La Pompadour a través de sus aduladores.—Lo que queda en el fondo 83

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Judith de Bethulia..... 16

LAMINA II
Salomé..... 17

LAMINA III
La mujer de Putifar... 32

LAMINA IV
Cleopatra..... 33

LAMINA V
Suicidio de Cleopatra 48

LAMINA VI
Ninón de Leuclos..... 49

LAMINA VII
La Pompadour..... 64

LAMINA VIII
Teresa de Cabarrús..... 65